

AÑO III

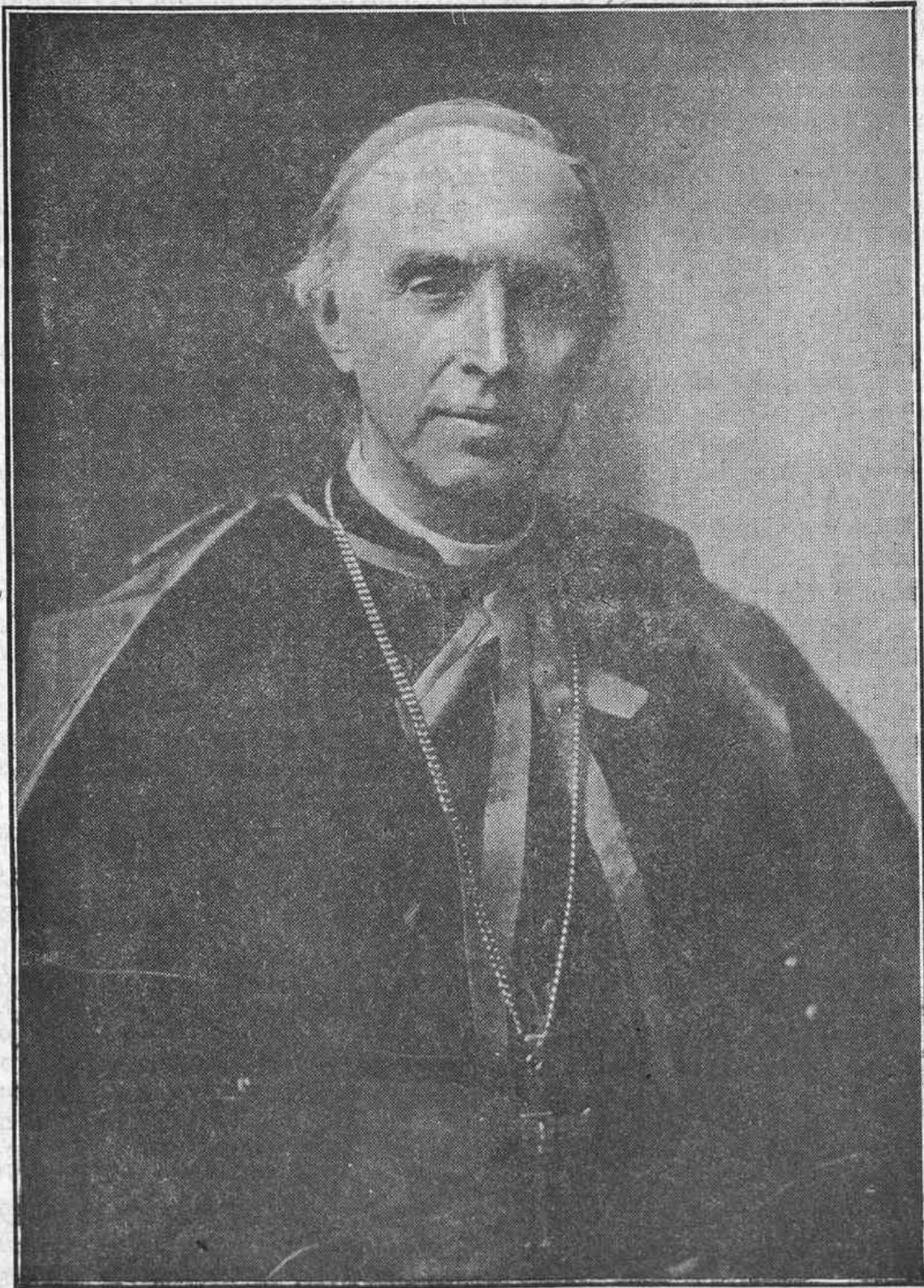
SEGUNDA EPOCA

NUM. 32

# RENOVACIÓN SOCIAL

Oviedo: 15 de Febrero de 1926

Oficinas: Marqués de Santa Cruz, 5



EL EXCMO. CARDENAL MERCIER

# MODESTO FILIAL HOMENAJE EN HONOR DEL CARDENAL MERCIER

*En cuanto lo ha permitido la falta de tiempo disponible para cosa más digna, RENOVIACION SOCIAL rindió ya en su número precedente sincero tributo de admiración profunda y de filial cariño al Varón insigne, que a otras muchas excelsas cualidades unió la para nosotros particularmente grata de ser Maestro, guía y sostén de los que, no sin tropezar con temerosas dificultades, luchamos por la difusión y el triunfo de los redentores ideales democrático-cristianos.*

*Sostén, sobre todo. Cuando nuestros adversarios, vistiendo sus campañas traicioneras «con el ropaje de la verdad y del bien», y hablando injustamente en nombre de la tradición veneranda y de la ortodoxia impecable, llegaban a envolvernos en una atmósfera de hostilidad, irresistible y aun a conseguir que hasta los más sólidamente convencidos de la verdad, la justicia y la eficacia de aquellos ideales temieran equivocarse e interpretar infielmente el pensamiento pontificio; cuando el huracán modernista nos azotaba como el de la tempestad a los discípulos de Cristo en el mar de Tiberiades, y amenazaba hundirnos en un océano de excomuniones, nosotros mirábamos a Malinas, como los pescadores galileos al divino Salvador. ¡Estábamos tan seguros de no equivocarnos siguiendo las orientaciones del Cardenal!*

*Y también de allá nos venían palabras de aprobación, gestos alentadores, pruebas indiscutibles de que éramos nosotros, y no quienes nos combatían, los que interpretaban fiel y rectamente el pensamiento de los Papas. Y a unos en sus conversaciones inolvidables, a otros con sus actos elocuentes y a todos por medio de sus escritos luminosos y doctrinales, el venerable Purpurado belga, autoridad indiscutible e indiscutida, por los mismos Romanos Pontífices consagrada, nos decía sonriente, como Jesús a los atemorizados discípulos: Hombres de poca fé, ¿por qué dudais?*

*Fué nuestro sostén y seguirá siéndolo, porque garantizadas quedan para siempre con su aprobación y con su firma todas las tesis de nuestro Programa: por eso RENOVIACION SOCIAL le debía un más amplio y concienzudo Homenaje, y se lo tributa con íntima satisfacción en las páginas siguientes, que redactan algunos de nuestros más ilustres compañeros, amigos y discípulos del gran Purpurado social, y por esta razón elegidos al efecto, ya que era necesario, aunque lamentable, prescindir de tantos otros que muy gustosamente tomarían parte en este sencillo acto de agradecimiento y de justicia.*

*D. Juan Zaragueta, el ilustre profesor y académico, discípulo muy predilecto de Monseñor Mercier en Lovaina; Severino Aznar, también académico y profesor, que mantuvo tan estrechas relaciones con el Cardenal en la por éste fundada y presidida Unión de Malinas; D. Pedro Sangro y Ros de Olano, el concienzudo publicista, tan especializado en la vida y legislación sociales del extranjero, gran amigo y admirador del insigne Purpurado, cuya fotografía con cariñosa dedicatoria es lo primero que se ve en su despacho del Ministerio del Trabajo y Escuela Social; y para dejar en el anónimo a los que, por una u otra razón no han querido firmar sus bellos trabajos, el gran discípulo y compañero y amigo y sucesor de Mercier en la dirección del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, Monseñor Deploige, de quien varias veces se habla en estas páginas, son dignos representantes y pueden hablar y es bien seguro que hablan en nombre de todos los demócratas cristianos españoles.*

*Particularmente hablan en el de los redactores de RENOVIACION SOCIAL que se honra rindiendo este modesto Homenaje al grande Obispo, a quien el pueblo sencillo, que tantas veces lleva la voz de Dios, espontáneamente ha colocado ya en el número de los Santos...*

RENOVIACION SOCIAL

## EL PROFESOR

El 4 de Agosto de 1879, el Pontífice León XIII, recientemente encumbrado a la Cátedra de San Pedro, sorprendía al mundo culto con su Encíclica *Aeter-ni Patris* acerca de la orientación que se imponía a la filosofía cristiana en medio de la anarquía del pensar contemporáneo. El momento era, en efecto, especialmente grave y crítico para los prestigios intelectuales de la fe católica. Combatida acerbamente, en todo el curso del siglo XIX, a título de incompatible con el *reinado de las luces* que éste representaba, apenas los portavoces más acreditados de aquella supieron oponer al enemigo más que la violenta reacción de un ontologismo o un tradicionalismo contraproducentes, cuando no las peligrosas condescendencias de un semi-racionalismo incongruente y falaz. El Vigía del Vaticano, por el contrario, no veía ni preconizaba otra garantía de salvación que el retorno a la tradición filosófica medioeval, al genuino pensar escolástico interpretado por su maestro más autorizado, Santo Tomás de Aquino, en quién parecen converger y fundirse las más depuradas corrientes de la sabiduría antigua tamizada y sublimada por el Cristianismo. Pero ¿cómo oponer eficazmente, al torrente arrollador del positivismo y criticismo contemporáneos, el frágil valladar de una filosofía hace tantos siglos, en concepto de muchos, arrinconada y enterrada bajo el descrédito de un estéril verbalismo?

El sagaz espíritu del Papa comprendió la necesidad de encarnar sus clarividentes concepciones en hombres e instituciones que las realizaran, y—vivo aún en su mente, desde los tiempos en que representara a la Santa Sede en la Nunciatura de Bruselas, el recuerdo del magnífico foco de alta intelectualidad restaurado por el Episcopado belga en la Universidad de Lovaina—a los Obispos belgas se dirigió en 1880 pidiendo

la creación en el seno de la gloriosa *Alma Mater* de «una cátedra de filosofía tomista». Los Obispos belgas, a la verdad, conscientes de la grandeza del pensamiento, pero momentáneamente absorbidos por preocupaciones cuya urgencia se imponía, parecieron acoger el proyecto con alguna reserva, y sólo ante la insistencia del Papa se dispusieron a designar un candidato a la nueva cátedra que respondiera a los deseos pontificios.

La elección no fué dudosa. Desde 1877 venía desempeñando la enseñanza de la filosofía en el Seminario de Malinas, un joven sacerdote, el abate Desiderio Mercier, cuya figura intelectual se señalaba ya a la atención de todos por su fidelidad al ideario escolástico interpretado en términos de una relevante originalidad. Preparado al efecto por fuertes estudios teológicos hechos en la Facultad correspondiente de la Universidad de Lovaina, donde su insaciable curiosidad había tenido frecuente ocasión de confrontar la ideología metafísica con las más alambicadas investigaciones científicas a la sazón tan florecientes en aquel Centro docente, el talento asimilador y organizador del joven profesor acariciaba con creciente afán y optimismo el sueño dorado de una restauración del genuino pensar escolástico, al conjuro de los mágicos progresos del saber científico, tan en carácter de aquél y del cual no obstante en mala hora se hubieran divorciado. En Julio de 1882, el abate Mercier era nombrado «profesor de filosofía superior según Santo Tomás» en la Universidad de Lovaina.

Apenas nombrado e investido de la dignidad de Canónigo, Mercier se trasladó a Roma y celebra una entrevista con el Papa, exponiéndole con toda lealtad su manera personal de entender la restauración del tomismo en nuestra época. Aquellas dos inteligencias geniales, puestas al habla en la intimidad de una conversación, no pudieron me-

nos de comprenderse, y el Pontífice aprobó plenamente el tomismo que pudiéramos llamar «de ancha base» propuesto por el Canónigo Mercier, un tomismo abierto al gran público universitario eclesiástico y seglar, expuesto consiguientemente en lengua vulgar, traducido al tecnicismo moderno y depurado y enriquecido sin el menor detrimento de su homogeneidad doctrinal con los resultados mejor consolidados de la ciencia y del pensamiento contemporáneos.

Regresado a Lovaina, el Canónigo Mercier pone manos a la obra con un ardor de voluntad sólo explicable por el entusiasmo de su grandeza y la fe en su realización. Por un lado procede a completar su formación filosófica personal mediante el estudio profundizado del pensamiento de los Doctores medioevales, especialmente de Santo Tomás, constantemente confrontado en el mejor espíritu de simpatía intelectual y de hospitalidad acogedora, sin mengua de las supremas exigencias de la verdad, con los grandes representantes del pensamiento moderno: Descartes, Leibniz, Kant, Stuart Mill, Spencer, Wundt y muchos más. Por otro lado trabaja asiduamente en el perfeccionamiento de su formación científica cerca de los mejores maestros de aquel tiempo, siendo alumno de Charcot en París para la Psiquiatría y pidiendo a las propias celebridades de Lovaina la rica aportación de sus respectivas especialidades: el biólogo Carnoy, el neurólogo Van Gehuchten el naturalista Van Beneden, el químico Henry, el matemático Mansion, el filólogo De Harlez. Entretanto, el nuevo curso de filosofía es inaugurado solemnemente en la gran sala del Colegio de Adriano VI de la Universidad con numerosa y creciente asistencia de alumnos y hasta de profesores de varias facultades, movidos de simpática curiosidad ante la consumada competencia con que, en forma que pudiera recordar el milagro apostólico de la

multiplicidad de lenguas, aquel joven profesor sabe hablar a cada especialista en «la suya», y revestir de un tecnicismo al día el viejo ideario tomista cuya caducidad parecía irreparable. A la labor de cátedra en la que, al cabo de cuatro años, había recorrido todo el ciclo de disciplinas filosóficas, añade el profesor Mercier la menos sonada pero quizás más fecunda de la consulta y controversia en círculos de estudios, de la formación personal del alumnado más selecto, y ya se dibujan entre él los nombres de quiénes han de constituir en fecha próxima los colaboradores más eficaces de Mercier en el desarrollo de su magna iniciativa de apostolado intelectual...

Porque por brillante que pudiera parecer este primer resultado, Mercier no estaba satisfecho. Aspiraba por un lado a ampliar el radio de su acción personal en una tarea de suyo tan superior a las fuerzas de un hombre; por otro, a darle una base de estabilidad y de continuidad sustraída a las contingencias de la labor individual. En una palabra: soñaba con transformar su cátedra personal en un Instituto que fuera la gran palanca del movimiento neo-tomista, el laboratorio en que se incubara y del que irradiara al mundo entero el vibrante pensamiento de un Escolasticismo plétórico de vitalidad. Y se fué de nuevo a Roma en 1887 con su proyecto, a depositarlo a los pies del genial Pontífice que lo aprobó con entusiasmo, con un entusiasmo que se tradujo al año siguiente en una carta al Cardenal Goosens, Primado de Bélgica, proponiendo la creación de un *Instituto Superior de Filosofía* en el seno de la Universidad, y al otro año en una nueva carta del Papa al propio Cardenal Primado haciendo al efecto un donativo inicial de 50.000 francos y aprobando la designación como Presidente del nuevo Centro universitario hecho por el Episcopado belga en favor del profesor

Mercier, honrado ya con la prelatuza pontificia.

Fué en 1891, cuando Monseñor Mercier desplegó totalmente su pensamiento, en un célebre *Rapport sur les études supérieures de Philosophie* presentado al Congreso Católico de Malinas y que ha llegado a ser, con el tiempo, como el breviario del movimiento neo-escolástico universal. Los católicos—venía a decir en este documento—viven aislados y desconsiderados en el mundo científico. Tiene este hecho una parte de explicación en la deliberada hostilidad de algunos sabios contra todo el que no comparta su fanática irreligiosidad. Pero obedecen por otra parte, quizás más importante, al modesto papel a que, en el terreno científico, se resignan con demasiada facilidad los que figuran en las avanzadas de la cultura católica. Es frecuente entre ellos no preocuparse de los problemas científicos más que en la medida en que puedan interesar a la religión y ello con plena subordinación de la ciencia, a sus preocupaciones apologéticas; es también corriente contentarse, en punto al saber científico, con síntesis elementales y definitivamente consagradas. Se olvida en esta doble actitud que, si bien la fe constituye un límite negativo, por lo demás razonable, a la ciencia del creyente, no pretende imponerle el término y mucho menos el método de sus investigaciones, cuya libertad queda a salvo en la más estricta ortodoxia; se olvida asimismo que la ciencia ya hecha ha estado algún día por hacer, se halla en constante revisión y tiene por delante indefinidos horizontes cuya roturación mediante paciente y concienzuda labor analítica es indispensable garantía para la solidez de las síntesis del porvenir. Urge, pues, la formación de hombres, en creciente número, que se consagren a la ciencia por sí misma, sin objetivo profesional, sin finalidad apologética directa; hombres que trabajen de primera mano en moldear los

materiales del edificio científico y contribuyan así a su elevación progresiva al rango de filosofía propiamente dicha.

A raíz de tan magnífico programa era un hecho la creación del Instituto Superior de Filosofía, bajo la dirección de Monseñor Mercier, en el seno de la Universidad de Lovaina; sin embargo, no recibió su carta definitiva sino con el Breve pontificio de 7 de Marzo de 1894. ¿Será preciso recordar aquí las dificultades porque atravesó en sus comienzos y que amenazaron dar en tierra con la naciente institución? Su idea directriz, tanto en Bélgica como en Roma, no había dejado de despertar recelos y sordas hostilidades que presto se tradujeron en medida al parecer tan inofensiva como la de imponer en la enseñanza la lengua latina, prohibiendo el uso de la francesa. Se obedeció; pero, según se preveía, las aulas quedaron desiertas de estudiantes seculares que ya habían empezado a poblarlas, y con ello frustrada una de las características de la obra en la mente de su fundador. Por fin acudió éste de nuevo al Santo Padre, y en cordial conversación quedó una vez más patente la coincidencia de sus altos designios, y definitivamente encauzada la institución.

Al lado de ella surgía entre tanto otra complementaria de sus fines y también patrocinada personalmente por el Papa, que no vaciló en darle su propio nombre bajo la denominación de *Seminario León XIII*. Conceptuaba, en efecto, el perspicaz Pontífice de la mayor importancia, que se fuera formando en los nuevos estudios una porción seleccionada de la juventud clerical, asegurando con ello un alumnado fijo y permanente al Instituto y preparando un plantel de sacerdotes a la altura de las más rigurosas exigencias en las disciplinas filosóficas. De la dirección del Seminario quedó también encargado Monseñor Mercier, que no vaciló en echar esta nueva y pesada carga sobre la ya absorbente del Instituto, a cambio

de la satisfacción que en semejante tarea educativa hallara su corazón paternal. Porque la presidencia del Seminario León XIII no fué para Monseñor Mercier una mera expresión decorativa. Quien esto escribe y tuvo la dicha de vivir en aquella ejemplar comunidad, bajo aquel régimen de intenso estudio y suave disciplina, en un ambiente de discreta y sana libertad en el que florecía espontáneamente el más alto fervor religioso unido a la más cordial fraternidad, no olvidará fácilmente a quien todos amábamos y reverenciábamos como a Padre, a quien, abstraído de los graves trabajos y preocupaciones que sobre él pesaban, confundía tan a menudo su vida con la nuestra, acompañándonos en la mesa, compartiendo nuestros juegos y paseos, adoctrinándonos en instrucciones del más elevado ascetismo, y aún acogiéndonos en la intimidad de una dirección espiritual cuya huella no desaparecerá de quién haya tenido la fortuna de recibirla.

Pero volvamos al Instituto. Bajo las normas del ilustre arquitecto Helleputte, profesor de la Universidad, un grupo de preciosos pabellones de corte flamenco se elevó bien pronto en el riente parque situado entre la calle Vesale y la hoy plaza del Cardenal Mercier de la vieja y gloriosa metrópoli universitaria. En ellos se instalaron con toda holgura las aulas de lecciones y de conferencias, los laboratorios científicos (alguno de ellos, como el de Psicología experimental, de los primeros por entonces en el mundo) las salas de Revistas y de Biblioteca, amén de los edificios especialmente destinados a los alumnos del Seminario León XIII. Entretanto, el presidente Mercier procede activamente a la organización del profesorado, al reclutamiento de alumnos, al desarrollo del plan de estudios, todo el elemento espiritual de la nueva institución que, superadas poco a poco las dificultades iniciales, va adquiriendo el

relieve que presintiera el inalterable optimismo de su fundador.

De los discípulos más brillantes del profesor Mercier, y previa su especialización en los Centros más prestigiosos de Alemania y de Suiza, le fueron asociados formando el núcleo del nuevo Instituto, M. Nys como profesor de Cosmología, Thiery de Psico fisiología, Deploige en Derecho y Sociología, De Wulf en Historia de la Filosofía, y más tarde Nael, Defonony y Michalle en varias disciplinas. Otros profesores de las diversas facultades de la Universidad completaron el cuadro de enseñanzas propiamente filosóficas, así como de las materias más estrictamente científicas e históricas. Porque el pensamiento capital de Mercier seguía siendo el cultivo de las disciplinas filosóficas en intenso consorcio con el saber científico: la Cosmología en relación con la Matemática, la Física y la Química; la Psicología racional con la experimental y fisiológica sin olvidar la Psicología general y especial, la Moral y el Derecho con la Economía, las Ciencias sociales y la Historia. Al lado de los cursos generales o comunes a todos los estudiantes, el programa del Instituto comprendía escalonados en los tres años de su Bachillerato, Licenciatura y Doctorado, cursos especiales y optativos en las dos direcciones científica y social, y junto a las asignaturas de conjunto y permanentes, otras de tipo más bien monográfico y variable. Por último, después de la tarea de clase, se desarrollaba la del Laboratorio, Seminario o Círculo de estudios que ofrecían al entrenamiento metodológico del alumnado y a su espíritu de investigación el ambiente más propicio. ¡Y el alumnado no se hizo esperar! Reclutado en un principio entre la juventud estudiosa de Bélgica, eclesiástica o secular, inscrita sólo en el Instituto o matriculada en otras facultades de la propia Universidad, pero deseosa de ampliar su cultura filosófica, pronto hubo de atraer numerosas vocaciones de

más allá de las fronteras belgas, de las naciones más cultas de Europa, Asia y América, en las que comenzaba a irradiar la fecunda labor del Instituto lova-niense.

Pero esta irradiación adquirió su plenitud a impulsos de las publicaciones impresas del Instituto, a la cabeza de las cuales figuraban las de su fundador y director, que no tardaron en divulgar por los Centros de cultura del mundo entero los ecos de sus enseñanzas orales. El tratado de *Psicología* inició la colección, siguiéndole en breve el de *Lógica*; vino más tarde la *Ontología* o metafísica general y por fin la *Crite-riología*; materias todas que se había reservado Monseñor Mercier en el programa del Instituto: junto a estas obras apareció la *Cosmología* del profesor Nys y la *Historia de la Filosofía medioeval* del profesor De Wulf, constituyendo entre todas un *Curso de Filo-sofía* del que pronto hubo de hacerse una edición resumida. A estos tratados de conjunto, rápidamente traducidos a todas las lenguas cultas, siguió la edición de *Colecciones* clásicas y la publicación de multitud de monografías (en los diez primeros años hasta 43) de profesores, doctores y agregados del Instituto, que constituyeron su llamada Biblioteca. Por último, la *Revue Neo-Scolàstique* con su *Bibliografía filosòfica* aneja, y completada más tarde por los *Annales* para los trabajos de mayor vuelo, reflejaba periódicamente la magnífica actividad intelectual que en el seno del Insti-tuto se desarrollaba, bajo la dirección, el impulso y la principal colaboración de Monseñor Mercier.

A través de esta inmensa obra circu-laba todo el espíritu, la savia fecunda que animaba las páginas del famoso *Rapport* de Malinas y que constituía las características de la renovada ideología designada ya con el nombre de *Neo-es-colàstica*: la separación del punto de vista filosófico y teológico en la espe-culación contemporánea, la selección

de problemas filosóficos más congruen-tes con las preocupaciones actuales; la revisión de las soluciones clásicas a la luz del inmenso progreso científico y de las exigencias críticas del pensamien-to moderno; la confrontación de las doctrinas tradicionales con las más pres-tigiosas fuera de la Escuela; la traducción en términos de viva actualidad de con-ceptos pletóricos de doctrina pero re-legados al olvido en fuerza de una ves-timenta en desuso. Todo ello impreg-nado de tan sincero y desinteresado amor a la verdad, de tan hondo sentido de la continuidad de su desarrollo his-tórico, de tan alto y noble designio de conciliación y de armonía sin menosca-bo de sus fueros fundamentales, que no podía menos de suscitar vehementes corrientes de efusiva adhesión en unos, de admiración en otros, de respetuosa consideración en todos.

Así sucedió, en efecto. Puede asegu-rarse sin hipérbole que la importante restauración de la Filosofía escolástica y tomista a que actualmente asistimos den-tro y aún fuera el Catolicismo, y que constituye una de las notas más salien-tes del actual movimiento de ideas, o deriva directamente del brillante foco de tales estudios encendido por Mercier en su Instituto de Lovaina, o por lo me-nos, no se hace viable sino conforme a las directivas por él preconizadas y prac-ticadas en su magna labor docente. En cuanto a los «de fuera de casa» sobran testimonios de que, si no se ha logra-do conciliar su adhesión, no han rega-teado al ideario de Santo Tomás reno-vado por el profesor Mercier el presti-gio de una beligerancia hacia siglos de-negada, el homenaje innegable al valor intelectual de un cuerpo de doctrina que aún hoy se impone a todo espíritu imparcial como la más feliz expresión de la «filosofía perenne» que columbra-ra el genio de Leibniz.

Juan ZARAGÜETA

## SENTIDO ELOGIO

Pocos días después de morir el Cardenal Mercier, el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina reunió a sus profesores y alumnos, y el sabio Rector del mismo, en medio de un silencio emocionante, pronunció las siguientes palabras que nuestro insigne colaborador y amigo nos envía para este Homenaje:

No veo aquí más que a profesores, alumnos y amigos del Instituto, y sin duda alguna responderé a vuestro pensamiento saludando al empezar esta reunión—la primera que se celebra desde que estamos de luto — la memoria del Cardenal Mercier.

Todo en esta casa habla de él. Si nos calláramos nosotros gritarían las piedras.

Hubo un tiempo—que algunos de nosotros recordamos—en el que no había aquí nada: ni profesores, ni alumnos, ni cursos, ni conferencias, ni biblioteca, ni laboratorio, ni círculo de estudios, ni Instituto, ni Seminario.

Todo lo que hoy veis aquí es la obra de Desiré Mercier. Todo lo que se ha hecho ha sido realizado por él o bajo su impulso. Estas construcciones él las ha edificado; de la familia que constituye el Seminario, él ha sido el padre; el hogar del Instituto, él lo ha fundado, animado, poblado; el espíritu que preside la enseñanza continúa siendo el suyo; él fué el iniciador de las publicaciones que van a extender por el mundo la doctrina tomista.

La Iglesia pierde una de sus lumbreras; la patria, su gloria mas pura y radiante; nosotros estamos heridos en el corazón; nuestro fundador, nuestro primer presidente tenía para sus colaboradores y sus discípulos la viril ternura de un padre.

Hace 20 años que nos dejó para tomar posesión de la Diócesis de Malinas.

Ha subido muy alto en la estima del mundo; ha forzado la admiración del

universo; la gloria—con la que soñó Lacordaire antes de consagrarse a Dios—la gloria fue a él sin que él la solicitara, sólo porque, sin esfuerzo aparente, supo elevarse a la altura de los acontecimientos.

Mientras haya hombres que recuerden la guerra europea, evocarán la altiva y dulce figura del Primado de Bélgica, erigido solo contra la mas formidable potencia militar que hubo jamás, intérprete de los dolores, de la altivez y de las invencibles esperanzas de todo un pueblo, resplandeciente de una incomparable belleza moral.

Sí, ciertamente; pero para nosotros queda del Cardenal Mercier otra cosa además de esta gloria; otra cosa además de esta inmortalidad tan deseada; nos queda esta obra viva y fecunda, del Instituto de Santo Tomás.

No creáis que, por estar lejos de sus ojos, el Instituto quedó lejos de su corazón. Le quería como la madre quiere al hijo que tuvo entre dolores, le quería por los esfuerzos que le había costado y además por lo que debía dar al país, a la Iglesia y a Dios.

Creo que su última visita en Lovaina, por lo menos una de sus últimas visitas, fué para el Instituto de Santo Tomás. Varios de entre vosotros recordaréis sin duda que vino aquí, a esta misma sala, a presidir una admirable conferencia de Imbart de la Tour, sobre la ciencia de la historia. Cuando, terminada la conferencia, tomó la palabra el Cardenal Mercier, no fué solamente para dar las gracias al amigo abnegado, al gran corazón y al gran historiador que fué nuestro llorado Imbart de la Tour; sino también para repetiros a todos, profesores y alumnos, su adhesión inquebrantable.

La semana pasada, la última vez que pude hablarle, me iba ya a retirar cuando me detuvo preguntando:

Y el Instituto ¿cómo vá? ¿Tienen ustedes muchos estudiantes?—

—Ciento setenta, Eminencia, y la mayoría seculares.—

Su rostro se iluminó.

—Alabado sea Dios, dijo estrechándome la mano, me voy tranquilo y confiado.—

Me había prometido a mí mismo, mis jóvenes amigos, el repetiros este pensamiento supremo que es a la vez una esperanza y un deseo.

A vosotros pertenece desde ahora la llama que el Cardenal Mercier encendió aquí; vosotros sois los que en adelante tenéis que conservar pura, luminosa y bienhechora, la llama y su calor.

Mg. S. Deploige

## EL OBISPO

Cuando, a raíz de la muerte del llorado Cardenal Goosens, Arzobispo de Malinas, en 25 de Enero de 1906, se empezó a susurrar entre los estudiantes de Lovaina la probabilidad de que fuera sustituido por el profesor Mercier, hubo comentarios para todos los gustos; y la sinceridad obliga a confesar que no todos eran favorables a la supuesta sucesión.

¿Qué—se decían no pocos de los que pasaban por sensatos—¿se vá a privar a la Universidad de uno de sus grandes prestigios, cortar bruscamente su obra de profesor y de publicista, truncar una vocación probada para la enseñanza y la especulación, comprometiendo una vida hasta ahora fecunda en la incierta aventura de un espinosísimo cargo? Cargo, por lo demás para el que no es probable tenga el eminente profesor las dotes que en su tarea docente culminan, ni aún quizás las exigidas por la gravedad y complejidad de los problemas de gobierno... Porque, después de todo, no es una novedad el casi natural antagonismo de la especulación y de la acción, de la teoría y la práctica, de la tranquila meditación en que germinan las grandes ideas directrices del pensamiento, con la obligada agitación que constituye el ambiente de una función gubernativa, por apostólica que sea...

La realidad se encargó bien pronto de

sacar de dudas a los comentaristas con el nombramiento del profesor Mercier para el Arzobispado de Malinas, Sede Primada de Bélgica, el 7 de Febrero inmediato, y su elevación al Cardenalato al año siguiente. Pero esa misma realidad hubo también de desvanecer sin tardanza los escrúpulos de los pesimistas, mostrando en el Arzobispo y Cardenal Mercier, unidos en rara pero magnífica armonía espiritual, a un hombre de acción a la altura ya universalmente consagrada del sabio y del pensador.

No era, sin embargo, tarea fácil dar la impresión de esta equivalencia. Por si la elevación del nuevo cargo no fuera ya de suyo bastante exigente, parecía que el propio Arzobispo no reparaba en agravarlo, tomando como divisa de su Pontificado, no sin cierta piadosa audacia, dos sencillas palabras, pero harto evocadoras en su concisión: *¡Apostolus Jesuchristi* Apóstol de Jesucristo! Así hubo de llamarse en adelante el Cardenal Mercier, y hoy que su gran figura ha traspuesto ya los umbrales de la eternidad, bien podemos decir que más de una vez ha vibrado en su actuación episcopal el eco de aquellas voces apostólicas que señalaran con ese sello inconfundible de lo divino los tiempos heroicos del Cristianismo primitivo.

Su primera preocupación, no obstante, tuvo bien poco de ruidosa y de espectacular, pero ¡cuán en consonancia con el verdadero espíritu del *Apóstol*, que es ante todo mensajero, enviado, engendrador fervoroso de la vida de Cristo en otros encargados de propagarla hasta los confines del mundo! Los seminaristas, los sacerdotes, las almas selectas de intensa vida espiritual, tales fueron los primeros y privilegiados núcleos con quienes el nuevo Cardenal Arzobispo hubo de ponerse personalmente en relación, en una serie de retiros o ejercicios espirituales dados y reiterados por el propio Prelado en fatigosas pero fecundas jornadas, cuyo fruto afortunadamente conservamos en sendos volúmenes de universal reputación: *A mis Seminaristas; Retiro pastoral; La Vida interior...*

Bien pronto, su radio de instrucción y de acción se fué extendiendo a los últimos con-

finés, abarcando los múltiples sectores e intereses de su vastísima y compleja archidiócesis.

Si el pensamiento filosófico del profesor Mercier se había impuesto por su amplísima y noble elevación al respeto admirativo de todos, cuando no a la adhesión de no pocos, la riqueza espiritual de su concepto de la vida cristiana, todo él fraguado en la asidua lectura y meditación de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres, de los grandes pensadores y místicos de nuestra religión, se despliega magníficamente en Pastorales, Discursos y Alocuciones de toda clase, felizmente editados también hoy en cinco volúmenes de *Obras Pastorales*. La idea central de toda ella es la restauración cristiana de la sociedad actual. Abordada íntegra y directamente en Pastorales como la de 1907 (*Del verdadero Dios y de nuestras obligaciones para con Él*) o la de 1911 (*Reaprendamos nuestro Catecismo*) o la de 1914 (*¿Soy cristiano?*), es asimismo objeto de las que tratan temas más especiales, pero siempre en conexión con las grandes necesidades religiosas y morales de la hora presente: *La condenación del Modernismo* (1908), *Los deberes de la vida conyugal* (1909), *La Comunión de los niños* (1910), *Los matrimonios mixtos* (1911), *La blasfemia* (1912), *El Libre pensamiento ateo y la Moral* (1912), *Nuestras obligaciones sociales de la hora presente* (1913) Aquella ansia de cristiana «renovación social» palpita también en las múltiples actuaciones del Cardenal Mercier que, aún en órdenes de la vida que pudiéramos llamar profana, pero a los que nunca negó su concurso por remoto que fuera el vínculo que los enlazara con la espiritual, buscaba el modo de realzar el «testimonio del alma naturalmente cristiana» que a través de toda forma de humana cultura entreveía... La ciencia, el arte, los intereses nacionales, hasta los juegos y deportes hallaron siempre en el Cardenal un gesto acogedor y magnánimo, una palabra oportuna y feliz. ¿Hará falta añadir que sus preferencias fueron siempre al nostálgico cultivo de la filosofía, afortunadamente redivivo en solemnes ocasiones, como en la disertación sobre *La conciencia moder-*

*na* pronunciada ante el Colegio de Abogados de Amberes, o el discurso de altos vuelos leído ante S. M. el Rey Alberto en la Real Academia de Bélgica y como Presidente de la sabia corporación bajo el significativo título *Hacia la unidad interior?*

Al lado de la doctrina, la acción. Por grande y vasto que fuera el horizonte de su predicación doctrinal, oral o escrita, jamás el Cardenal intentó sustraerse, no ya a las penosas exigencias de la audiencia diaria, ni a la agobiadora administración de una diócesis de dos o tres millones de almas, con la intensa palpitación de aglomeraciones urbanas como Bruselas y Amberes, sinó ni siquiera a la revisión y reorganización de la vasta redde obras católicas, cuya vitalidad mantuvo y acrecentó con atinada y perseverante dirección y asistencia. Congregaciones piadosas, instituciones de caridad y de beneficencia, organizaciones obreras, centros de enseñanza de todos los grados, coronados por la gloriosa Universidad de Lovaina, hija siempre predilecta de su antiguo maestro, ninguna de las obras en las que tan fecundo es el Catolicismo belga escapa al vigilante celo y portentosa actividad del Cardenal Mercier, y así cuando, ya en 1909, clausura en Malinas el magnífico Congreso General de Obras Católicas con un discurso sobre *Los progresos de la Iglesia*, bien podemos decir que retrata, sin intentarlo, los de su propia diócesis en la fecunda labor de reorganización social cristiana que fué el lema de toda su vida episcopal.

Diffícil era que la actuación apostólica de un hombre de la talla del Cardenal Mercier quedara confinada a los límites de una diócesis, siquiera fuese tan vasta e importante como la primada de Bélgica. Y así le vemos prodigar su concurso desde los comienzos de su episcopado, respondiendo a insistentes invitaciones del Catolicismo extranjero en sus más altas representaciones, para llevar a sus más importantes asambleas el doble prestigio de su persona y de su palabra. Tal ocurre en el Congreso Eucarístico de Londres (1908); en Meaux, con motivo de las fiestas de Bossuet (1911); en París con ocasión de las del Centenario de Montalembert

(1912), el propio año en Viena, en el Congreso de los Profesores Católicos. Nunca logramos en España la fortuna de su presencia episcopal, pero quien esto escribe es testigo del especial interés con que el Cardenal seguía la marcha de nuestras cosas y del cual fué una prueba harto elocuente la hermosa carta que envió en 1908 a la Academia Universitaria Católica de Madrid con motivo de su inauguración; y bien sabe Dios que si dicha Academia no llegó a adquirir los vuelos de una verdadera Universidad que fuera el germen del resurgir intelectual católico de España, no fué debido a falta de activas y muy elevadas gestiones, que quizás la discreción imponga reservar, por parte del Cardenal Mercier.

La vida que pudiéramos llamar privada del Cardenal no deja de formar un sensible; pero edificante contraste con sus actuaciones de carácter público. Acompañadas éstas de la externa solemnidad correspondiente a su alta jerarquía y, a veces, de una febril actividad prodigada en tantas direcciones, quien pudo observar al Cardenal en la intimidad de su vida doméstica, quedaba prendado de la extremada austeridad de sus costumbres, de la sencillez de su trato, de la inalterable serenidad que emanaba de toda su persona, centro habitual, no obstante, de tantas y tan graves preocupaciones. Sustrayéndose no pocas veces a ellas, le era familiar la visita y la asistencia a agentes humildes, y aún miserables, y más de una vez hubieron de sorprender los ojos atónitos de los moradores de los suburbios de Bruselas o Amberes, la alta y erguida figura del Cardenal encorvándose protectora sobre las calamidades de aquellos infelices.

Vino la infausta fecha de 1914, y al estallido del conflicto bélico hubo de revelarse al mundo el Cardenal Mercier, dechado de templanza y de caridad en su vida privada, de prudencia y de sabiduría en su obra de gobierno, como portaestandarte de dos virtudes igualmente cristianas, pero que alguien pudo creer menos características del bondadoso Arzobispo de Malinas: la justicia y la fortaleza. Porque, cualquiera que sea el comentario que a las preferencias internaciona-

les de cada cual merezcan los acontecimientos en que el Cardenal Mercier hubo de tomar parte, una cosa es indudable para quien los sigue de cerca, a través de las grandes Pastorales de mundial resonancia, de la copiosa correspondencia con la autoridad del Ejército ocupante que hubieron de provocar; y es, que la actitud del Cardenal Mercier frente al invasor no estuvo jamás inspirada en un legítimo pero estrecho concepto de defensa nacional, ni siquiera en un noble, pero limitado patriotismo, sino que—como el propio Cardenal se expresaba años más tarde, en el discurso de su jubileo sacerdotal—al protestar contra la agresión del poderoso enemigo a la inerme Bélgica, más que la causa de *su* justicia, de *su* verdad, de *su* honor, propugnaba los fueros de *la* justicia, de *la* verdad, *del* honor universal e impersonal, si bien encarnados esta vez en el pequeño y glorioso pueblo. ¿Llegó alguna vez el propio enemigo a confesarse a sí mismo algo semejante, en reconocimiento y reparación de la violación de la neutralidad belga garantizada por su firma? El hecho es que cuando, sonada la hora de la liberación, el último Gobernador militar alemán hubo de resignar sus poderes, no se le ocurrió cosa mejor que hacerlo en manos del Cardenal Mercier, «como encarnación viva—le decía textualmente—del alma de Bélgica, de la cual sois el Pastor venerado y acatado...»

La apoteosis nacional y aún mundial del Cardenal Mercier, que hubo de hacer del Palacio Arzobispal de Malinas la obligada estación de la peregrinación internacional de personajes y jefes de Estado consiguiente a la guerra, no logró alterar la interior serenidad de aquel hombre extraordinario, sólo sensible a la valoración de los sucesos todos *sub specie aeternitatis*, en la perspectiva de la eternidad. Y así se suceden las grandes Pastorales de la post-guerra, todas ellas penetradas de un pensamiento capital, la restauración de las ruinas materiales, sí, pero también y sobre todo morales y sociales producidas por la gran catástrofe: *La lección de los acontecimientos* (1918), *Reconstruyamos* (1920), *Nuestras decepciones de la post-guerra; con todo, confiemos* (1924). Al lado

de la palabra, siempre la acción, inspirada esta vez en la más encendida caridad que, olvidándose de las propias necesidades, le hacía acudir donde quiera gimieran las ajenas, así fueran de pueblos ayer enemigos: los niños de todas las naciones beligerantes en 1919, los refugiados de Polonia en 1920, los hambrientos y desterrados de Rusia y de China en 1921 y 1922, las víctimas del terremoto del Japón en 1923; en 1924, en fin, los niños húngaros acogidos en su propia diócesis en número de 2.600.

Una visión cada vez más amplia de los problemas planteados, de las crisis iniciadas en el momento presente, le hace presentir su trascendencia para el porvenir de la Iglesia y de la Humanidad. Su pluma y su actividad, siempre alerta para todas las grandes causas, vibran esta vez en direcciones un tanto insólitas, que aún llegan a asombrar cuando no a escandalizar a gentes demasiado dóciles al convencionalismo ambiente, pero que pronto reciben la sanción y el cordial beneplácito de la Autoridad suprema.

De un lado, la apremiante excitación a la unidad interior de la Iglesia, mediante la adhesión incondicional al Papado, Centro de vida orgánica, y la sincera identificación con su pensamiento; de otro lado, la profunda preocupación por la unidad externa de la Iglesia y la reintegración al seno de la Católica y Romana de las Iglesias cristianas disidentes... A requerimientos como el de la Anglicana, abre el magnánimo Cardenal las puertas de su propio Palacio, iniciando y presidiendo las famosas «Conversaciones de Malinas» cuyo fruto sería aún prematuro pretender, pero que, en expresión del mismo Cardenal, fueron «instructivas y edificantes» y muy propias para preparar, con la aproximación de los corazones, la fusión de las inteligencias...

Tal fué, a grandes y toscos rasgos bosquejada, la obra episcopal del Cardenal Mercier. Si, a través de su magnitud, buscáramos ahora el secreto de tan portentosa actividad, de tan fecunda y elevada irradiación, no será menester perseguirlo muy lejos; nos bastará atenernos al recuerdo de quienes hayan tenido la dicha de frecuentar la intimidad

## RENOVACION SOCIAL

del Cardenal, y aún al testimonio del propio Cardenal, haciendo su «examen de conciencia» ante el homenaje internacional de que fuera objeto, en 1924, con motivo de su Jubileo Sacerdotal.

El Cardenal Mercier fué un hombre de profunda, intensa, ardorosa vida interior. En medio del vertiginoso requerimiento de tantos y tan altos intereses como sobre él gravitaban, se adivinaba al hombre de concentrada espiritualidad en torno a una idea fundamental, raíz de una maravillosa ecuanimidad. «Ni en los años de paz—nos dice en el discurso antes citado—ni en los años de guerra, ni en la molestia, ni en la comodidad, ni en tiempo de la adversidad, ni en el del éxito, jamás he dejado de conservar en lo más íntimo de mi ser el reposo, la tranquilidad, la paz.» «Pero permitidme—añade—confiaros el secreto de la fuente de la serenidad cristiana, el secreto de toda elevación verdadera del alma humana: consiste, sencillamente, en una donación confiada de sí mismo a la Bondad divina.»

Este confiado y fervoroso abandono del alma del Cardenal Mercier en manos de Dios se traducía inequívocamente en su vida de oración. Por nada del mundo hubiera él aceptado sacrificar los mejores momentos de esta vida contemplativa y efusiva a supuestas exigencias prácticas de sus altas funciones ministeriales. Estimaba, por el contrario, que toda la eficacia del propio ministerio sacerdotal se halla pendiente del espíritu de oración, merced a la cual «se va formando gota a gota en las profundidades del alma un remanso de agua viva para los rudos viajes de nuestra existencia.»

¡Y qué oración la del Cardenal Mercier! Nutrida constantemente de los más altos conceptos del pensamiento divino de la Biblia, inspirada en los más puros acentos de la tradición cristiana, moldeada a menudo en las fórmulas felices, en los ritos venerables de la liturgia eclesiástica, ¡cómo se enlazan y armonizan dentro de ella la sana libertad del espíritu en su fuero interior y el respeto al sentido social del culto que tan majestuosas formas reviste en el seno del Catolicismo! El Cardenal Mercier fué toda su vida un ena-



—Yo no creía que tuviera esa autoridad, pero no quise echar sobre mí la responsabilidad de hacer fracasar tan admirable y oportuna iniciativa. Si mi nombre valía para algo, eso es lo que yo aportaría a esta Obra de ciencia y de apostolado.

»Pronto nos pusimos de acuerdo sobre la estructura de la nueva *Unión*. Se llamaría *Unión Internacional de Estudios Sociales*, y yo ofrecería mi propio Palacio arzobispal para celebrar sus sesiones. Por eso sin duda se le llama ya *Unión de Malinas*. No sería un Congreso, sino un laboratorio, y para eso los invitados serían pocos y selectos, y huiríamos de lo retórico y lo solemne. Invitaríamos a moralistas, teólogos, economistas, sociólogos, juristas, historiadores, pero deberíamos renunciar, a veces con pena, a la colaboración de los políticos. Nosotros, aun partiendo de la realidad tanto como de los principios, buscábamos la tesis, y los políticos, por la necesidad de rendirse a la presión del medio, por el hábito de la transacción impuesta por la realidad, por mil compromisos, corrían el peligro de ceder demasiado a la hipótesis y habían de perder entre nosotros la libertad de movimientos que acaso les convendría conservar. Este respeto a su libertad nos ha hecho prescindir de la colaboración utilísima que nos hubieran proporcionado muchos políticos, entre otros, algunos ministros del Trabajo, demócratas cristianos que hay en varios países; y aunque están con nosotros algunos que han sido diputados, como Lerolle, y otros que son senadores, como Mgr. Deploige y el P. Rutten, no eran políticos cuando entraron en la *Unión*, y era exigirnos demasiado prescindir de ellos después de haber sido nuestros camaradas de trabajo.

»No se excluiría a ninguna nación, pero los cuadros de la *Unión* se agrandarían evolutivamente, para hacer así posible una selección más segura y por la necesidad de reconocer el estado de

ánimo dejado como triste estela por la gran guerra en los pueblos. Así, los fundadores fueron belgas y franceses, y la primera nación que a ellos se incorporó fué España. Han seguido luego Italia, Holanda, Suiza, Inglaterra y Polonia, y cada año se invita a representantes de nuevas naciones. Como no pensamos excluir a nadie, esperamos que pronto veremos entre nosotros animosos compañeros y hermanos en la fé de Austria y de Alemania, y todos deseamos que lleguen la ocasión y la oportunidad.»

En la primera Asamblea, los maestros reunidos bajo la presidencia del gran Cardenal eran los padres jesuitas Vermeersch y Desbuquois y los padres dominicos Rutten y Sertillanges; es decir las más grandes autoridades que en lo social acaso tienen esas dos Ordenes en el mundo; el maestro Pottier; Mgr. Deploige, rector del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina; el Catedrático de Sociología de aquella Universidad M. Defourny; el fundador de la antigua revista «*La Democratie Chretienne*», Paul Six; Duthoit, el sucesor de Henri Lorin; el valeroso expresidente de la Asociación de la juventud francesa y exdiputado por París, Jean Lerolle, y pocos más. Poco a poco han ido llamando a su seno a publicistas sociales autorizados de diversas naciones. He aquí algunos de ellos.

De Italia.—El padre Brucculeri, S. J., redactor de *La Civiltà Cattolica*, de Roma.

De Francia.—M. Cretinon, de Lyon, y el Canónigo Verdier, de París.

De España.—Severino Aznar y el Provisor de Madrid, Juan Francisco Morán.

De Suiza.—Max Turmann, profesor de la Universidad de Friburgo.

De Bélgica.—Los Sres. Legrand y Servais.

De Holanda.—El Dr. Poels, y el Sr. Verwilgen.

De Inglaterra.—Mgr. Parkinson, de Birmingham.

El Cardenal presidía las sesiones, siguiendo la discusión con todo interés con aquella su persistente sonrisa tan paternal y atrayente, rebrillándole alguna vez los ojos azules llenos de vida, calmando con una reflexión sutil o una escapada de ingenio las pequeñas tempestades que a veces nuestro ingenuo entusiasmo y el choque natural de las ideas levantaban, interviniendo en las deliberaciones, reflejando en su rostro un gozo extremado cuando llegábamos a una solución afortunada o a una noble y justa fórmula de concordia.

En las sesiones de 1924 defendí yo una ponencia sobre el latifundio, ponencia que dió lugar a discusiones animadas y en la que mis compañeros, Maestros tan doctos, hicieron honor y dieron no pocas satisfacciones a la ponencia española. Alguien propuso que se considerara lícita la expropiación de la gran propiedad de la tierra, estuviera o no bien cultivada, cuando esa concentración produjera un proletariado numeroso, empobrecido y peligroso para la paz pública. El gran Cardenal sin contradecirle, apacible y sonriente, hizo esta observación:

—Si puede el Estado ir a la expropiación de un latifundio aun bien cultivado por su propietario para evitar un proletariado rural numeroso, mísero y peligroso para la paz pública, pensad en que la lógica os llevará a reconocer en el Estado el poder de expropiar las grandes fábricas cuando dén ocasión a análogo proletariado industrial.

Y así en muchas ocasiones.

\* \* \*

El firmó y amparó con su autoridad las hoy llamadas «tesis de Malinas», tesis que dentro de algunos años serán banales y del acerbo común, pero que hoy chocan todavía con no pocos prejuicios e intereses y es natural que no sean por eso universalmente compartidas.

Se preparan en pacientes y reflexivas ponencias, se discuten y depuran ante especialidades diversas y sobre todo nos esforzamos en sortear ese escollo de carácter subjetivo que frustra con tanta frecuencia la investigación científica cuando la materia sobre que recae es el hombre mismo y sus hechos e instituciones, es decir, el conjunto de prejuicios, de intereses, de opiniones corrientemente admitidas, de apriorismos, de todo eso que constituye el prisma a través del cual solemos ver la realidad, el cero psicológico de que solemos servirnos para medir la temperatura, esto es, para valorar cosas e ideas.

Nuestra aspiración es tener sólo delante de nuestra vista intelectual a un lado la realidad y sus relaciones, observadas con toda la honrada objetividad que podemos, y en otro la moral cristiana que nos sirve de luz y aun de ojos para guiar a nuestra inteligencia siempre tan limitada.

De esas tesis voy a extraer algunos fragmentos por los que podrá entreverse su importancia y a la vez el pensamiento social y las preocupaciones del gran Cardenal que el catolicismo acaba de perder.

«Los bienes materiales de este mundo se hallan destinados por la Providencia en primer lugar a la satisfacción de las necesidades esenciales de todos los hombres.»

Esa tesis no se contenta con decir que la propiedad tiene una función social sino que además afirma que esa función social es antes y superior a su función individual.

Se defendió la institución de la herencia, la conveniencia de disminuir los impuestos sobre la sucesión hereditaria en línea directa, pero a continuación se dijo:

«El Estado tiene el derecho de adaptar el número de los grados de sucesión hereditaria a la organización actual de la familia.»

Y no hay que hacer comentarios so-

bre su gravedad y radicalismo innovador.

Estos días se ha levantado una tempestad contra los decretos del Ministro de Hacienda, nuestro compañero de Democracia Cristiana, Sr. Calvo Sotelo. Con este motivo se ha recordado que hay moralistas según los cuales las leyes fiscales no obligan en conciencia y sólo imponen el deber de pagar la multa o la pena a que su infracción dé lugar. El Cardenal Mercier con la Unión de Malinas reprueba esa opinión en estas conclusiones:

«Las leyes fiscales justas y justamente aplicadas obligan en conciencia.

»El esfuerzo de los católicos sociales debe tender a corregir la opinión equivocada en este asunto y a provocar en nombre de la justicia social una leal participación de las personas honradas en las cargas del Estado.»

El defraudador no sólo falta a sus deberes para con la sociedad y faltando al deber tiene que turbar forzosamente su conciencia, no sólo le niega lo que debe y por tanto está obligado a restituírselo, sino que causa perjuicios positivos a los demás, pues el Estado tiene que aumentarles los impuestos para rescatar lo que los defraudadores le negaron. Y no sé cómo se pueda decir que no hay obligación de conciencia de no inferir daño al prójimo.

La Unión reprueba la nacionalización de las empresas que conduzca por la fuerza de las cosas al colectivismo, pero sostiene, y con ella el Cardenal, que «en principio, la nacionalización de las empresas no puede ser condenada en nombre de la moral cristiana» y que «consideraciones de interés general pueden imponer o aconsejar en casos particulares la gestión pública nacional, provincial o municipal».

Respecto a la gestión de las empresas ha sostenido:

«En las circunstancias actuales creemos que se deben recomendar medidas que conduzcan prudentemente hacia la

gestión combinada del capital y el trabajo» y «uno de los medios que hay que preconizar para la realización de la cogestión deseada es el accionariado obrero».

No necesito recordar el escándalo que suscitó unos años antes la defensa que del accionariado obrero hice en mi discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y sospecho que aún producirá mayor estupefacción el saber que el sabio Cardenal defendió, aunque en forma prudente, nada menos que la participación de los obreros en la gestión de las empresas.

«El salario vital-dice otra conclusión-que comprende la subsistencia del obrero y de su familia, el seguro contra el riesgo de accidentes, enfermedad, vejez, invalidez y paro forzoso, es el salario mínimo debido por la empresa en justicia conmutativa».

»El salario mínimo no agota siempre las exigencias de esta justicia. Por encima del mínimo, tres causas principales exigen ya en justicia, ya en equidad, un mejoramiento de salario, y son:

a) Una producción más abundante, más perfecta o más económica que la normal.

b) La rareza o carestía de la mano de obra.

c) La mayor o menor prosperidad de las empresas».

Me asusta el comentario que viene a los puntos de mi pluma sobre esta conclusión. Las posibilidades económicas, las presiones de la concurrencia, la necesidad de conservar las empresas, limitarán a veces duramente las aspiraciones obreras y pondrán cerca las fronteras del salario, pero la moral cristiana, según este grupo de pensadores cristianos y según el llorado Cardenal Mercier, las pone bien lejos y aunque la mayoría de los obreros pidan mucho, no se exponen a chocar con las prohibiciones de la moral. En cuanto al salario mínimo incluyendo los seguros sociales, por ser de justicia conmutativa,

requiere con angustiosa urgencia una reforma que encarecerá la vida y que no podrá hacerse sino con carácter internacional, pero sin la cual no habrá paz porque no habrá justicia, y con la cual se habrá elevado más que con nada la condición del proletariado y el vigor y nivel sanitario de la nación.

Sobre los latifundios opinan que sus propietarios tienen el deber de cultivarlos por sí mismos, o por otros, y el de proceder a las indispensables mejoras en el cultivo «cuando el bien común lo exija» o cuando el cultivarlo mal produzca daño grave a la colectividad. Si no lo cumplen, apesar de las medidas que para facilitar su cumplimiento tomase el Poder Público, el Estado podía expropiarlos, mediante justa indemnización. Añadían que «cuando a la excesiva concentración de la propiedad se une la excesiva concentración en el cultivo, si eso dá origen a un proletariado rural reducido a vida mísera o forzado ya a la deserción de los campos, ya a la emigración, ya a otra alternativa dañosa al bien general», si no hay otro recurso eficaz «el Estado podía imponer la descentralización en el cultivo y si era necesario la de la propiedad».

Es inútil subrayar la importancia que esta orientación tiene para la reforma agraria que en España se está elaborando ya en los espíritus hace años y para la que el Estado tendrá que buscar en plazo no lejano fórmulas prácticas y justas.

Esto no es más que una faceta del pensamiento social del Cardenal Mercier, pero ya se ha visto cuán interesante. Los eximios maestros—a excepción de mi modesta personalidad—que con él han elaborado este programa, algunos teólogos de fama universal, no han tenido los escrúpulos infantiles ni las indignaciones curiosas de algunos teólogos de por acá. Han sabido reaccionar con más energía contra el ambiente individualista que todavía pesa sobre no pocos de nuestros contradictores y han

vuelto así libremente a la sabia y generosa tradición del catolicismo. Muchas de las tesis de Malinas coinciden con las nuestras, otras son más atrevidas. Las que no están en nuestro programa, nosotros las metemos dentro, adaptándolas con respeto porque tienen un aval de autoridad científica de difícil sustitución.

Y ahora se comprenderá por qué nos reíamos un poco irónicamente cuando unos cuantos hombres ingenuos, seguramente de buena voluntad, espantados de lo que llamaban nuestros radicalismo, pedían y anunciaban a plazo fijo nuestra condenación por la Iglesia. Sabíamos que nuestra condenación fulminaría contra religiosos y prelados, contra Maestros que inspiran a la Iglesia la máxima confianza, contra el insigne Cardenal, respetado y mimado por los Papas.

Nosotros, compañeros queridos de Democracia cristiana, debemos a la memoria del gran Cardenal belga que el mundo acaba de perder, una suprema gratitud. Ha sido guía nuestro pero ha sido también nuestro escudo. Nos estimó y nos alentó, pero hizo más, poner su pecho delante para embotar en él los tiros de nuestros adversarios.

«¡Qué se vá a hacer!—pensaba—no los queráis mal, reconoced su buena fé; ellos cambiarán como han cambiado en Bélgica y han cambiado o están cambiando en todas partes. Y vosotros seguid adelante, teniendo como inspiración el Evangelio, ese pequeño libro que no puede morir, clave de nuestra civilización, y la interpretación que le han dado los Papas. Les parece innovación lo que es tradicional; les parece revolucionario lo que es una reacción contra la revolución; les parece mucho y estamos en los comienzos. Este siglo verá mucho más».

Las tesis de Malinas permiten atisbar un sector importante de la ideología social del Cardenal Mercier. El facilitar ese atisbo es aquí mi propósito. Junto a

ese propósito quiero expresar mis alarmas por la normalidad de la Unión de Malinas. Pocos días antes de su muerte el Cardenal recibía la visita de uno de sus más eminentes colaboradores, su sucesor en el Rectorado del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, Monseñor Deploige. El Cardenal preguntó por su Instituto, por sus profesores y alumnos, y en la contestación vió el regocijo del éxito.

—Eso vá bien—le contestó—me voy a la eternidad tranquilo y confiado.

La Unión de Malinas está en formación. Tiene ya representantes prestigiosos de muchas naciones, pero hay todavía otras muchas que en la Unión aún no tienen voz. Si antes de morir se le hubiera hablado de esa Unión, de la que esperaba tanto, ¿hubiera dicho lo mismo que de su Instituto de Filosofía?

No lo sé. En todo caso espero que en el cielo pedirá para ella la protección divina.

SEVERINO AZNAR

## EL GRAN CIUDADANO

Pío X, Mercier, Wilson...

Durante el cruento proceso de la gran guerra, que en el libro de la Historia representa el mayor quebranto de la fraternidad humana, no aparecen en la cumbre de las jerarquías más que estas tres grandes figuras.

Muere Pío X, el Santo, exclamando: «No quiero la guerra», sin que la sorda humanidad, enardecida por el olor de sangre y pólvora, le escuche. Y Wilson agota sus energías en un supremo intento, demasiado académico quizá, para establecer la paz perpetua.

La labor ingente de Mercier se desarrolla en cambio en toda su plenitud, abarcando los cuatro años de la guerra y legando al mundo el más puro, el más noble ejemplo de firmeza moral.

Vivo conservo el recuerdo de la impresión que me produjo la lectura de su famosa Pastoral de Navidad de 1914.

Corría Enero de 1915 cuando llegó a mis manos el inmortal documento sobre «Patriotismo y Firmeza». Tuve el honor de ser el primer español que lo tradujo y el de que fuera «La Paz Social», que yo dirigía a la sazón, el primer periódico español que lo publicara. Y es que me hería, con dulce herida de llamarada espiritual, la invocación grandiosa del Cardenal y del patriota, varón de una pieza, inflexible en la defensa de los principios sociales fundamentales, gran ciudadano y gran Pastor de almas, que en aquél derrumbamiento universal de los valores morales, del que llegaron los cascotes a España, osaba con divina inspiración oponer a la fuerza invasora y opresora la serena afirmación de la continuidad del Derecho y de la Justicia.

Mas tarde prodigó Mercier sus afares por el mantenimiento de esos mismos principios morales y jurídicos. Inflexible e irreductible en la defensa de Bélgica, que era la defensa de los pueblos que hacen honor a los títulos de su existencia, y siendo alma de su amado pueblo, supo ser alma también de los ciudadanos del globo no contaminados por el virus materialista que se extendió como peste aterradora y que aún no hemos logrado eliminar.

Para poder cumplir tan inmenso cometido, que universalizó su nombre, estaba el Cardenal dotado del máximum de cualidades que rara vez la Providencia reúne en una persona. Aparte las intelectuales que se impusieron de antemano aún a los adversarios de su escuela, gozaba de un prestigio immaculado que le permitía salir al paso de cualquier maniobra antisocial intencionada. Recuérdese, como ejemplo, la polémica que sostuvo contra militantes belgas del librepensamiento que del «caso Ferrer» pretendían hacer responsables a la Iglesia y a la nación española, intervención de Mercier que, por cierto, no sé si agradecieron como debían muchos españoles.

Su concepto de la lealtad, su idealismo, su discreción eran tan extraordinarios que le hacían dominar los acontecimientos con su fé y su razón.

Por eso durante el curso de las terribles pruebas que atormentaron a Bélgica: invasión premeditada y violenta, miseria, dominación tiránica, complots, deportaciones y vejaciones de todo género, el augusto anciano jamás perdió la ecuanimidad, ni confundió la firmeza con la arrogancia.

Su correspondencia con von Bissing, Falkenhausen y von der Lancken, sus Pastorales sucesivas, su actitud en Malinas y en Roma, prueban en qué alto grado poseía el sentido y la medida exacta de la realidad.

En los archivos históricos dormirán, sin que apenas turbe su sueño algún investigador de la hipócrita diplomacia que desencadenó el conflicto y evitó su rápida solución, el montón ingente de discursos, proclamas y documentos de libros blancos, amarillos y rojos; pero los hombres buscarán, ávidos de hallar un oasis sentimental en el desierto de las almas de esa época, los escritos de Mercier que desde su Malinas avivaba el fuego sagrado de los espíritus; esas Pastorales, sobre todo, en que teólogo, asceta, jurista, filósofo, moralista y patriota habla a todos los pueblos y para todos los tiempos; la de 1915, verdadero tratado sobre la Encarnación; la de 1916, en la que coloca los sucesos ante la Eternidad reduciéndolos, para consuelo de sus ovejas, a sus debidas proporciones; la de 1917, exaltando la grandeza moral y cristiana; la también de 1917 contra los abusos de la concupiscencia; las de 1918, ofrenda mariológica una, de suprema belleza, lección, otra, de los acontecimientos, justificación de los designios Providenciales, aceptación de las pruebas que acercan a Dios y llevan en sí el germen de nueva vida, y, por último, su canto a la Paz, poco antes de llevar, como Padre venerado, a más de 200.000 belgas, sus Reyes a

la cabeza, a la cima de Rockelberg para dar gracias al Sagrado Corazón de Jesús por la liberación de Bélgica y colocar al noble pueblo bajo la Divina protección.

Varón que tanto tuvo que sufrir durante esos años, me decía pasada la prueba, en inolvidable visita: «No hemos padecido tanto como usted se imagina», y procuraba desviar la conversación que a aquellos años se refería. Me había recordado una frase atribuida a D. Alfonso XIII: «En España no quedamos fuera de la germanofilia más que yo y la canalla». Y tuve buen cuidado de decirle qué pruebas expresivas de adhesión a Bélgica habían dado nuestros católicos españoles y particularmente los que hoy formamos el Grupo de la Democracia Cristiana.

De las tres principales actuaciones de Mercier que han irradiado al mundo entero: instauración de la sede del renacimiento filosófico cristiano, intento de unión de las iglesias y defensa del derecho ante la fuerza, ha sido ésta, sin duda alguna, la que más ha popularizado la figura del Cardenal, al punto de estimarse que fué el momento culminante de su gloriosa carrera.

Para afirmarlo así nos fundamos en el juicio de sus adversarios. Teníalos encarnizados. Se explica que, cuantos le hallaban vigilante defensor de la fe, de tal manera brillante, pertrechado contra la impostura y la obra antisocial, no aceptaran de grado la posición en que frente a tan soberana mentalidad quedaban. A tal punto es esto cierto que el Cardenal contaba con una dotación menor de 25.000 francos para todas las múltiples atenciones de su cargo y vivía en una residencia modestísima, dada su posición, porque pertenecía al Gobierno Provincial de Malinas formado por ultraradicales que se complacían en no rendirle el honor de alojarle en mansión digna de su alcurnia. En vano intentaron los católicos belgas construir por suscripción un Pa-

lacio donde alojarle. Mercier se opuso a tan generoso intento diciendo que sometía al juicio de los hombres su conducta y la de los demás.

Pues bien, de Mercier se ha ocupado la prensa radical de todos los países con el elogio debido, ensalzando sobre todo su personalidad ejemplar de gran ciudadano.

En «Le Peuple» escribe Destrée un sentido artículo en el que, después de confirmar su libre pensamiento y sus condiciones socialistas, evoca sus recuerdos de la recepción dispensada en Roma, en Febrero de 1916 al Cardenal Mercier. «Al vitorear Roma al Primado de Bélgica, dice, representante supremo de la resistencia belga, séame permitido reivindicar esa figura como nuestra, exclusivamente nuestra. Para los belgas es en esta hora una de las más puras glorias nacionales, el más legítimo de nuestros orgullos. Muchas veces los hombres de quienes se ha hablado mucho, decepcionan al ser conocidos. El Cardenal, por el contrario, no causa esta desilusión. Asombra su gran figura tan llena de luz. Tiene algo inexpresable. Un fuego interior le anima y le ilumina, una belleza augusta le caracteriza. A su lado, en un medio que no es el mío, me encontraba a gusto. Sentía palpitar un no sé qué del alma de la Patria. Y la benevolencia paternal del Príncipe de la Iglesia me hizo perseverar en la creencia de que en la hora actual un Cardenal y un diputado socialista y librepensador podían encontrarse para hablar, como amigos, de sufrimientos y de esperanzas... Destrée termina su artículo con estas palabras: «Después de diez años, vuelvo a leer estas líneas con emoción y, ¿por qué no decirlo? con cierto orgullo».

Felices los mortales que dejan tras sí la estela de amor que besa las opuestas costas.

Veneremos a quienes, como Mercier, mueren rodeados de la admiración uni-

versal, a los eternos principios que representan, a los que atraen, a los que agrupan, a los que saben darnos la visión amplia de la grandeza cristiana, a los que pueden de veras llamarse sociales porque se hicieron uno con el sufrimiento y el ideal de una sociedad sometida a la más dura de las pruebas.

Con Mercier la Iglesia católica afirma una vez más su universalidad pacificadora.

PEDRO SANGRO Y ROS DE OLANO

## EL CARDENAL SOCIAL

Todavía no tenemos la documentación suficiente para valorar con precisión la aportación del Cardenal Mercier al pensamiento y a la acción sociales. Podemos asegurar que esa aportación es imponente, y que él es uno de los grandes luminas del movimiento social católico contemporáneo; pero lo que sobre eso digamos tiene que ser incompleto y fragmentario. Ese estudio lo harán nuestros hermanos de Bélgica que han leído lo que escribió, que han oído sus discursos y sus arengas, que conocen su intervención en los célebres Congresos de Malinas, especialmente en el 4.º de 1920, así como en las celeberrimas Pastorales colectivas del Episcopado belga de estos últimos años, que saben la influencia enorme ejercida por su iniciativa y por su ejemplo en la política social de su país, y que han visto de cerca el caudal de energía, de estímulos, de perseverancia, de desvelos paternales y aún de dinero que ha derrochado en encauzar y en llevar a su actual florecimiento las obras sociales católicas belgas, orgullo de Bélgica, modelo en Europa, ejemplar tal vez no superado hoy en el mundo.

En el orden de la acción social y de sus obras él amparó y protegió su marcha triunfal al Boerenbond, floreciente Federación de organizaciones agríco-

las, cada vez más fuerte y más eficaz, que ha esparcido sobre las clases campesinas de Flandes la cultura, la fuerza, el bienestar y el serio y cristiano sentido de la vida.

El estimuló y dió suprema dirección al pujante movimiento de las juventudes católicas belgas, en las que él había puesto tan grandes esperanzas. Había encomendado la alta dirección espiritual y social y la coordinación de las mismas a uno de sus canónigos, M. Brohee, y a uno de sus sacerdotes más inteligentes, el abate Piccard. Recuerdo que en mi último viaje a Bélgica, 18.000 jóvenes animosos y fuertes se reunieron en un mitin grandioso, en una gran plaza de Mons, confesando a clamores su fé y ofreciendo su vida por ella y por Bélgica. «Se preparan—me decía el Cardenal—generaciones más profundamente cristianas y más valerosas que la nuestra.» Y dentro de ese movimiento juvenil, de tan intensa vibración, el Cardenal vió con una alegría reconfortante cómo se iban formando núcleos de juventudes obreras, orgullosas de ser cristianas, ansiosas de cultura y de pelea en defensa de la democracia cristiana, con sus círculos de estudios, sus bibliotecas, sus campos de *sport* y de cultura artística y sus periódicos relampagueantes del fuego de su fé y de su juventud.

El se preocupó de encauzar y de que tomara sello cristiano el movimiento femenino en su patria. En general, la mujer belga tiene más cultura que la española. No hay una que no haya ido por lo menos ocho o nueve años a sus magnificas escuelas, abundan las obras post-escolares que completan todavía esa cultura general y las Escuelas Menagères les dan esa preparación especial de la mujer para el mejor desempeño de su profesión habitual y más generalizada, la de esposa y la de madre, preparación que tan serias repercusiones tiene después en la economía doméstica, en el embellecimiento y

apacibilidad del hogar y sobre todo en la conservación de los hijos. Por eso una desviación en las aspiraciones femeninas de Bélgica podía ser más peligrosa y por eso siguió con tanta inquietud el esfuerzo animoso de las mujeres católicas de su país y los éxitos de sus organizaciones.

Nada omitió para propulsar el movimiento sindical cooperatista y mutualista de los obreros católicos belgas. De esas obras él se hacía paladín, y tengo la seguridad de que los obreros belgas habrán llorado bien amargamente ante su tumba. En los comienzos de su Pontificado decía a los católicos:

—Sostened, desarrollad esas asociaciones donde existan, y allí donde no las haya, creadlas.

En un Congreso de Obras sociales celebrado en 1912 en Basse-Warre, que él presidió, hablaba así:

«Propongo a nuestros oyentes que multipliquen las obras sociales, las obras de protección, los sindicatos, para asegurar la educación de la juventud y la organización cristiana de la clase obrera.

»En el interés de la pacificación social, hay que abandonar los últimos prejuicios en contra de la organización de la clase obrera. Desde aquí veo al más activo organizador de los obreros, al R. P. Rutten; tengo una gran satisfacción en decirle en nombre del episcopado belga y del Soberano Pontífice que él y su obra tienen toda nuestra confianza.»

Lo mismo que el Cardenal Manning en Inglaterra propuso a sus compatriotas una lucha sin tregua contra el alcoholismo, que no sólo ha ganado las zonas más austeras de la sociedad belga, sino que ha tenido ya sus repercusiones en la legislación social, represiva de la embriaguez y de la venta de las bebidas alcohólicas.

La invasión de las prácticas neomalтусianas amenazaba a Bélgica como a la generalidad de las naciones de Eu-

ropa. Este peligro y esta crisis por que pasaba la familia, institución básica de la sociedad, llevó a su alma, delicada y previsor, angustias y alarmas. Orientó, aconsejó, pero no se contentó con denunciar el peligro y dar sabias orientaciones; estimuló la acción y no hace muchos años, en 1921, logró ver fundada la *Liga de las familias numerosas* que tiene ya 46 comités comarcales, 700 comités cantonales o locales y más de 800 delegados.

Quizás no hay país que sienta más hondamente la preocupación de conservar y tutelar las clases medias, y para servir exclusivamente a esas organizaciones, él dedicó dos sacerdotes preparados y cultos.

No sé si habrá obra social que él no haya recomendado en cada oportunidad, en sus Pastorales, y en una de las últimas que dió al finalizar la guerra recomendó con una rara insistencia el patrimonio familiar, la propiedad comunal y la cooperativa de trabajo.

Y una de sus preocupaciones más tenaces, por ser reforma de gran aliento que abarcaba al problema social íntegro, era la de encauzar todas las energías hacia la organización corporativa de la sociedad. Cada ciudadano debe pertenecer a una profesión y la sociedad debe ser, no la reunión de individuos, sino la de profesiones. Eso evitaría la pulverización actual, reduciría las clases parasitarias, daría un nuevo nexo a la sociedad, y sobre todo haría la revelación de la solidaridad de hecho que hay entre patronos y obreros, haciendo ver que la lucha de clases, considerada hoy por millones de obreros como un hecho fatal y aun como un progresivo motor de la historia, era una desgracia evitable y un peligro lamentable para el progreso social.

En una de sus Pastorales decía:

«Hay que establecer entre patronos y obreros de una misma profesión contactos directos y permanentes; una unión entre el capital y el trabajo que

colaboran en la misma industria. Es necesario que esta unión sea, en una forma o en otra, real, de todos los instantes, regulada de antemano y no improvisada en los días de combate. En pleno conflicto, cuando las pasiones están sobreexcitadas y los espíritus limitados por la única mira de sus intereses, no hay posibilidad de elevarse a la consideración del interés de la profesión y a la del interés general».

Y en otro lugar:

«Hombres que se encuentran por primera vez al día siguiente de una lucha que ha destrozado a unos y otros, tal vez suscriban acuerdos provisionales obligados por la necesidad del momento; firmarán, lo concedo, un compromiso entre dos accesos de odio, pero no esperéis de ellos una paz sincera, verdadera.

Una carta durable de trabajo debe reposar sobre la afección mutua de patronos y obreros.

Para sentir afecto hay que conocerse, estimarse, habituarse a consideraciones recíprocas. La atmósfera en la que patronos y obreros harán su educación íntima, común, es la corporación.

El órgano que hay que crear para unirlos fraternalmente en la colaboración profesional, es la corporación cristiana».

En el orden de los hechos ha sido el escudo de la democracia cristiana. No hace muchos meses los demócratas cristianos subieron al poder con los socialistas en Bélgica. Los católicos murmuraban y no les faltaban motivos. De los socialistas no habían recibido sino agravios y el hecho de que con ellos formaran Gobierno católicos tan representativos como los demócratas cristianos escandalizaba a muchos. El gran Cardenal salió al paso de esta corriente de opinión y en favor de los demócratas cristianos echó el peso no sólo de su prestigio personal sino el de todo el episcopado belga.

No han hecho — venía a decir—lo que les hubiera gustado, sino lo que era preciso para salvar a Bélgica y liberarla del desconcierto y la anarquía. La democracia cristiana no se ha fusionado con el socialismo; al revés, nunca han tenido más interés en subrayar sus fundamentales diferencias. Entre ellos no hay más que una coordinación temporal de esfuerzos de ciudadanos belgas para hacer posible un Gobierno, que, aun siendo absolutamente necesario, nadie les daba, y sobre casos prácticos en los que podía haber coincidencia, si no en los motivos, sí en las resultantes o en los fines.

Y nadie volvió a hablar del asunto.

En otras muchas ocasiones ha hecho la defensa de la democracia cristiana, siempre oportunamente cuando se le ha hecho la injusticia de menospreciarla o combatirla.

«Los hombres de valor que detendrán los estragos del socialismo y salvarán el cuerpo social—decía en una ocasión—son los católicos que, impregnados de la doctrina de Cristo, animados de su espíritu, sostenidos por su gracia, logren oponer al egoísmo irascible y vindicativo, cuyo único ideal son las represalias brutales o calculadas, una democracia amplia, serena, leal y, para decirlo en una palabra, cristiana; una democracia que asiente la felicidad de la clase obrera, no so-

bre las ruinas de las clases superiores, sino sobre la rectificación de las injusticias que ha sufrido hasta el presente».

Y ya en 1924 podía decirme lleno de gozo:

—Tengo el consuelo de creer que los católicos, con raras excepciones, son aquí demócratas cristianos.

Estos rasgos dispersos no dicen toda la actividad gastada por el gran Cardenal en fomentar y encauzar la acción del Catolicismo sobre la sociedad, sobre todo, por medio de la organización y de las obras, pero son un apunte para inducir el valor que les daba y un pequeño índice de las preocupaciones que agitaron la vida de aquel espíritu selecto, que tomó las proporciones de un hombre de Plutarco.

\*\*\*

Lo dicho anteriormente se refiere a la acción, pero esa acción supone criterios. He contado hechos, pero en hombre de tan vigoroso poder de inhibición esos hechos no pueden tener su clave en instintos, en impresiones pasajeras y mucho menos en intereses; la tienen en principios doctrinales y en una conciencia del deber, clara y arrolladora.

De ello hablaré otro día para no alargar demasiado este artículo.

*Tiberio Graco*

## LAS IDEAS Y LOS HECHOS

### 10.º ANIVERSARIO DE "JUSTICIA Y CARIDAD"

El pasado día 12 hizo diez años que se publicó la famosa y celebrada Pastoral del Cardenal Guisasola «Justicia y Caridad en la organización cristiana del trabajo». Sólo dos lustros nos separan de tal fecha y sin embargo ¡qué lejos estamos ya de aquellos días inolvidables, que nos hicieron soñar

tanto y nos trajeron tan tremendas, amargas y numerosas decepciones!

RENOVACIÓN SOCIAL, que vive de la savia contenida en aquel insigne documento, no puede pasar en silencio este aniversario, y en atención a consideraciones que el lector deducirá de las líneas siguientes, y no por el afán de una exhibición pueril, voy a cumplir yo con ese deber elementalísimo de nuestra publicación.

Al efecto, y porque se trata de cosas, recientes sin duda, pero ya olvidadas, y que,

sin embargo, convendría no dejar en el olvido, voy a dividir este trabajo en tres partes: ante todo deseo exponer en qué circunstancias se publicó la notable Pastoral; luego haré un resumen de sus enseñanzas más salientes, y terminaré diciendo algo de lo que pasó con ese documento.

Los que sobre alguno o sobre todos esos puntos estén al cabo de la calle, harán bien en saltar estas páginas, dejándolas para los no enterados, que son muchos...

\* \* \*

Cuando en 1914 subía a la Sede toledana el insigne arzobispo de Valencia y poco después Cardenal Guisasola, y cuando en 17 de octubre del mismo año recibía del Santo Padre, Benedicto XV, el honroso encargo de dirigir la Acción social católica en España, aquella acababa de salir de la esfera de las doctrinas, donde todos andábamos de acuerdo, para entrar en el campo de las realizaciones, fuente inagotable de división y de luchas naturalísimas... Una cosa era aplaudir en las *Semanas Sociales* y en otras parecidas Asambleas las elocuentes disertaciones del P. Vicent, de Pla y Daniel, de Aznar y de Jimenez sobre la sindicación católico-obrera, y otra muy diferente soportar en silencio, ya que no batiendo palmas, la fundación de esos sindicatos en teoría tan aplaudidos...

Los obreros católicos de nuestros Círculos, así como los que a ellos no pertenecían por no tenerlos a mano o por cualquier otra causa, comenzaron a decirnos:—Pues si la sindicación obrera es tan laudable ¿por qué no nos ayudais a formar sindicatos católicos, en los que podamos defender nuestros derechos y nuestros intereses, sin necesidad de acudir a los socialistas, inspirados en ideas que rechaza nuestra conciencia?

Arrastrados por estas contundentes observaciones, no menos que por la propia convicción, el ilustre dominico P. Gerard en Madrid y en las provincias del Norte, y el autor de estas líneas en Asturias, comenzamos, sin previo acuerdo, a fundar esos sindicatos católicos que los obreros reclamaban y que veíamos tan recomendados en los documentos pontificios y en los discursos de nuestros grandes apóstoles sociales.—La tendencia de los obreros a la sindicación era tan pronunciada que hasta los mismos directores de los Círculos, aunque enemigos de los sindicatos, hubieron de acudir a ellos, y así surgieron los que en Madrid fundaron los amigos del inolvidable y mil veces benemérito Marqués de Comillas. Igualmente los PP. jesuitas, discípulos del Maestro de todos, P. Vicent, fundaron en Madrid, en Valladolid y en otros puntos varios sindicatos obreros.

Cuando llegó a Toledo el Sr. Guisasola ya estaba entablada la pelea encarnizada y la-

mentable entre los dos últimos grupos de sindicatos y el de los que fundara y dirigía u orientaba el P. Gerard, o mejor dicho entre los directores de tales sindicatos, ya que los obreros vivían realmente al margen de aquellas discusiones esterilizantes y poco cristianas, Aunque nada conforme con las orientaciones de los sindicatos opuestos a los del citado dominico, salió igualmente a luchar contra él persona en este campo tan autorizada como el P. Palau.

Así las cosas, y dejando a un lado mil curiosos e interesantísimos pormenores que no caben aquí, la «Casa Social Católica» de Valladolid, con motivo de las fiestas organizadas para celebrar la inauguración del nuevo y magnífico edificio, organizó una verdadera Asamblea de sindicatos, encaminada a dos cosas, una laudable y otra no tanto: a procurar la unión de las diversas «tendencias» y a convertir la hermosa ciudad castellana en centro de la organización nacional sindicalista. Y no era laudable esta última pretensión, porque tendía a la injusta preponderancia de un grupo determinado, y sobre todo porque precisamente había anunciado ya el Cardenal Guisasola su propósito de fundar en Madrid el Secretariado nacional obrero, cuya misión sería unir en una entidad superior los grupos todos...

Asistieron a esa especie de Asamblea de carácter particular (el Cardenal se limitara a permitirla) los sindicatos llamados «de Comillas», los de la Inmaculada de Madrid, dirigidos por un Padre jesuita, los apellidados «libres», del P. Gerard, y algunos otros. Yo asistí también con los representantes de los sindicatos de Oviedo, hasta esa fecha completamente alejados de las referidas luchas. Ni el P. Gerard ni su discípulo el P. Gafó asistieron. El P. Palau estuvo a las fiestas, pero no se presentó en la Asamblea.

Los representantes de los sindicatos libres y nosotros vimos, desde el primer instante, que coincidíamos en todo. Poco después pudimos observar que no había realmente las discrepancias que hicieran prever las discusiones y las hostilidades encarnizadas a que me he referido. Y una buena prueba de ello está en que no nos costó gran trabajo, sino simplemente hacer algunas aclaraciones para llegar a la aprobación *por unanimidad* de las siguientes conclusiones:

«Primera. Que se constituya una entidad nacional denominada *Unión General de los Trabajadores católicos de España*.

»Segunda. Formarán parte de esta Unión los sindicatos profesionales de que se hará mención, los cuales se han de desenvolver con autonomía completa en sus respectivas regiones, encargándose el Comité de dicha Unión de borrar las diferencias que pudieran existir entre los de la misma localidad.

»Tercera. Los sindicatos de la Unión han de ser puros, con exclusión de patronos e ingerencias patronales.

»Cuarta. No se consentirá en ninguna localidad más que un sindicato de cada profesión, el cual podrá tener distintas secciones.

»Quinta. Sólo podrán pertenecer a la *Unión general de los trabajadores católicos de España* los sindicatos que respeten los principios fundamentales de la sociedad: Religión, familia y propiedad.

»Sexta. La *Unión general de los trabajadores católicos de España* coadyuvará a la fundación de las Federaciones regionales que se consideren necesarias, respetando y admitiendo las ya constituidas.»

Para someter estas conclusiones, que hoy resultan bien interesantes, a la aprobación del Primado, como Director de la Acción social en España, fuimos designados, con varios obreros, los PP. Salaberry y Nevares y yo. El Cardenal Guisasola, asesorado, como lo estuvo continua y eficazmente en estos delicados problemas sociales, por el que era su Obispo Auxiliar, el actual Prelado ovetense, examinó detenidamente nuestro escrito y lo aprobó con el mayor entusiasmo...

Todo esto ocurría a fines de noviembre de 1915. Dos meses y medio después apareció la Pastoral «Justicia y Caridad». La famosa Asamblea de Valladolid, y sobre todo sus organizadores se hallaban bien lejos de supo-

ner que iba a facilitar de aquel modo la publicación del celebrado documento, verdadera explanación del pensar de todos los sindicatos obreros de España, concretado en las citadas conclusiones, tan demostrativas de lo dicho anteriormente, a saber: que la diversidad de «criterios» no estaba en los obreros sino en sus directores. Y el pensar de los obreros católicos—y el pensar de los Papas—expresó con insuperable maestría el Cardenal Guisasola en su Pastoral, de la que ha dicho la insigne autoridad de Pottier:

«Entre los más altos Prelados de la Iglesia católica no conozco quienes hayan comprendido mejor que él las aspiraciones del cuarto estado, quienes se hayan dado más exacta cuenta de las consecuencias desde el punto de vista de los intereses supremos de la salvación de las almas y del avance de la civilización cristiana. No conozco uno que haya proclamado con más franqueza y valor apostólico lo que hay de justo y necesario en las reivindicaciones del proletariado.» Pero esto mismo, que entusiasmaba al ilustre Prelado belga, fué la perdición del insigne documento...

M. ARBOLEYA MARTINEZ

N. de la R.—Los artículos dedicados al Cardenal Mercier nos obligan a dejar la conclusión de éste para el número próximo, a fin de evitar la excesiva monotonía del presente.

## VIDA SOCIAL EXTRANJERA

### CRÓNICA GENERAL

#### Francia: Protección del mercado de trabajo.

El ministro del Trabajo ha depositado en la oficina de la Cámara un proyecto de ley que tiende a asegurar la protección del mercado de trabajo nacional. Este proyecto tiene por objeto reforzar la inspección ejercida sobre los trabajadores extranjeros y evitar que estos hagan competencia a los nacionales, sustrayéndose a las condiciones impuestas y que aceptaron a su entrada en Francia.

En efecto, numerosos trabajadores extranjeros, que, cuando fueron admitidos en Francia, justificaron estar con-

tratados para una profesión y en una región determinada, ulteriormente cambiaron de profesión y se trasladaron a otro punto rompiendo los compromisos adquiridos sin ninguna razón valedera.

Para evitar todo ese abuso cuya frecuencia es notoria, en lo que concierne a los agricultores, el proyecto de ley presentado en la Cámara prohíbe a los patronos ocupar trabajadores extranjeros si estos no tienen justificada una situación regular por la presentación de su pasaporte o por un certificado de la Oficina pública de colocación.

Las medidas que preconiza este proyecto de ley no han sido decretadas sin un estudio detenido llevado a cabo por una comisión de la que formaban parte

representantes de los Ministerios interesados, representantes de las grandes asociaciones patronales y obreras, y singularmente de las asociaciones agrícolas.

En su reunión de julio último, el Consejo nacional de la mano de obra aprobó por unanimidad el proyecto que ha presentado el Ministro del Trabajo.

### **Gran Bretaña: Subvenciones a la marina mercante.**

El sindicato de caldereros de buques, ha pedido al primer Ministro que una parte de las sumas actualmente empleadas, a título de indemnización de seguro, a los parados y de los astilleros marítimos se consagre a solucionar la construcción de nuevos buques.

El 6 de noviembre el primer Ministro respondió que este proyecto era irrealizable. Declaró que la subvención no podía servir más que para atenuar temporalmente el paro, y no permitiría resolver el problema de una manera definitiva. Además, el sistema tiende a provocar la concurrencia entre los astilleros subvencionados y aquellos no subvencionados, y por último, cree que el tonelaje global actualmente en el mundo es ya excesivo. El secretario del sindicato ha respondido por escrito al Ministro que no podía considerar estas objeciones como valederas y manifiesta cierto pesimismo en cuanto al resultado de la encuesta emprendida en las industrias de las construcciones navales. Pero la Federación de obreros de la industria mecánica y de construcciones navales ha rehusado formalmente asociarse a esta manera de ver.

### **Bélgica: Encuesta sobre la jornada de ocho horas.**

El comité central industrial de Bélgica ha publicado la documentación suministrada por los órganos patronales belgas en respuesta a los Cuestionarios de la comisión oficial encargada de examinar los resultados de la aplicación de

la ley, instituyendo la jornada de ocho horas y la semana de cuarenta y ocho horas.

El informe patronal estudia:

1.º La influencia de la ley de ocho horas, sobre la producción industrial, sobre rendimiento de la mano de obra y sus repercusiones sobre el precio del coste de los productos, sobre los útiles del trabajo y el material

2.º Los efectos de la ley sobre el mercado del trabajo manual (paro, emigraciones obreras).

3.º Los ocios obreros y la higiene de los trabajadores, instrucción profesional, etc.

«Recorriendo estas documentaciones en conjunto, se lee en la introducción, se recoge la impresión de una infinita diversidad de posiciones que hacen particularmente difícil la tarea de condensar en consideraciones generales la encuesta para toda la industria.

No puede intentarse un ensayo en este sentido, razonablemente, hasta que la Comisión haya reunido todos los elementos de apreciación. Se puede estimar que el conjunto de las respuestas estudiadas en el presente informe, se refiere a industrias que ocupan aproximadamente las tres cuartas partes del número total de los obreros utilizados por los establecimientos afiliados al Comité central industrial. Es, pues, un resultado satisfactorio.»

### **Bélgica: Organización sindical.**

Con ocasión del cuarto Congreso de la Liga Nacional de los trabajadores cristianos, este organismo ha publicado una memoria acerca de la actividad de las Ligas provinciales afiliadas y de los organismos nacionales adheridos

La Central de las Cajas de Ahorro de Amberes cuenta ochenta Cajas afiliadas, con depósitos que se elevan a la cantidad de 9.562.262 francos. Las Cajas de Ahorro del Departamento de Marinas, tienen depósitos que llegan a los 650.000 francos. El Banco obrero de

Bruselas tiene ochenta cajas afiliadas y depósitos que se elevan a 4.000.000. La Caja Central de Ahorro de Limburgo tiene depósitos por valor de francos 4.747.508,93. La Caja de Ahorros de Lieja recientemente fundada tiene 300.000 francos en depósito; la de Mouscron (Banco Popular) tiene francos 4.443.485,96 en depósitos.

Otras Cajas también importantes no han dado cifras. En vista de la coordinación de esfuerzos en este sentido acaba de crearse un Banco obrero belga.

Las Ligas formadas por las mujeres cuentan aproximadamente 60.000 afiliados en el país.

Las Mutualidades alcanzaban al terminar el año 1924, 248.978 miembros de los cuales eran 149.233 hombres y 99.745 mujeres.

Desde el punto de vista *cooperativo* existen un gran número de Cooperativas locales y regionales de consumo; algunas entre ellas son muy poderosas. Desde algunos años, sin embargo, se dibuja una fuerte corriente de centralización. La Cooperativa belga «Bienestar» explota actualmente, de un modo comercial, Cooperativas de las provincias de Limburgo, Brabante, Amberes y de una parte de Flandes oriental. Cuenta con 225 sucursales. La cifra de sus negocios alcanza unos 14.202.601,91 francos en 1924 y 11.109.638,50 francos en el primer semestre de 1925. Se calcula que llegará a una cifra total de negocios por valor de 25.000.000 en 1925. La Cooperativa tiene tres alma-

cenos regionales: uno en Bruselas, otro en Hasselt y otro en Bruselas llamado Fuente Sindical Cristiana. Acaban de llegar a feliz término las gestiones emprendidas desde hacía varios años para la *Creación de una Central cristiana del vestido y del calzado*. A partir de 1.º de enero de 1926 las Centrales cristianas llamadas *Federación belga de sastres y sastras, Central nacional de trabajadores en calzado y en cuero, Central cristiana de la aguja, Central cristiana de guanteros*, todas estas no forman mas que un solo organismo denominado *Central cristiana de las industrias del calzado y del vestido*.

Según las cifras contenidas en la Memoria de la Confederación de los sindicatos cristianos, las cuatro centrales así fusionadas agrupan un total de 8.000 miembros.

El número de Centrales profesionales de que se compone la Confederación de los sindicatos cristianos, pasa así de 20 a 17.

La fusión tropieza sin embargo con las dificultades procedentes de las diferencias existentes entre las tarifas de cotización y los beneficios entre las diversas centrales interesadas, especialmente entre los organismos de las Cooperativas femeninas. Habiéndose encontrado solución a estas cuestiones pudo tener lugar el 28 de diciembre último la Asamblea constitutiva de la nueva Central.

Isidro de VILLOTA Y PRESILLA

# VIDA SOCIAL ESPAÑOLA

## CRONICA GENERAL

### La Fundación Marv

Como saben los lectores de *RENOVACION SOCIAL*, con el dinero reunido para ofrecer al insigne General Marv un

homenaje, que él quiso que redundara en provecho de los grandes ideales de toda su vida, se ha fundado el Premio que se otorgará todos los años al mejor trabajo sobre la cuestión social que se designe.

Ahora la *Fundación del Premio Marv*, legalmente constituida en Madrid, abre un Concurso público para premiar la mejor monografía que se le presente sobre el tema *El seguro de invalidez y su aplicación más conveniente en España*.

Las condiciones a que ha de sujetarse este Concurso son las siguientes:

1.<sup>a</sup> Las monografías que se presenten al Concurso han de ser originales e inéditas, escritas en lengua castellana.

2.<sup>a</sup> No podrán exceder del original necesario para formar como máximo un tomo de 300 páginas en 8.<sup>o</sup> español.

3.<sup>a</sup> Se presentarán escritas a máquina, o con letra bien legible, por una sola cara de papel.

4.<sup>a</sup> A cada trabajo acompaar un sobre cerrado que contendrá en su interior el nombre y las señas del domicilio del autor. Este sobre ir señalado con un lema igual al que figure en la primera página de la monografía.

5.<sup>a</sup> Los trabajos se remitirán al Presidente del *Patronato de la Fundación Marv*, Sagasta, 6, Madrid, antes de las doce de la mañana del 30 de septiembre de 1926.

6.<sup>a</sup> El premio será de 4.000 pesetas, recibiendo además el autor premiado 100 ejemplares de la obra impresa por cuenta del Patronato.

7.<sup>a</sup> El Patronato publicará el fallo el día 31 de diciembre de 1926, haciéndose la entrega del premio en metlico el día 8 de enero siguiente.

8.<sup>a</sup> La obra premiada será propiedad del Patronato.

Las obras no premiadas se conservarán en el archivo del Patronato, y los sobres que contengan el nombre de los autores serán quemados el día de la adjudicación del premio.

#### Campaña injusta

No pocos lectores de RENOVACIÓN SOCIAL, sobre todo los que de alguna u otra manera tienen relación con las Obras, seguramente han recibido, como nosotros y como bastantes amigos

nuestros, unas incongruentes hojas impresas y encaminadas a tratar, tan injusta como irreverentemente, nada menos que al Emmo. Sr. Cardenal Prmado por el «delito» de haber calificado de «libelos» las otras hojas que reparte por todas partes el Sr. Monedero, en su campaña desatentada y loca contra la Confederación Nacional Católico-agraria, que tan magnánima y cristianamente se port con el que fué su desastroso presidente.

No necesita, ciertamente, el ilustre Cardenal Reig que salgamos nosotros a la defensa de un acto suyo que se justifica por sí mismo y que si de algo peca es de benigno y paternal; pero no estará de sobra advertir una cosa, ya que la repetición del sofisma utilizado por Monedero y los suyos pudiera fascinar a los no enterados al detalle de lo ocurrido con ese «apóstol» y con su desdichada presidencia.

Se habla, pues, constantemente de las dificultades más o menos exageradas, pero indiscutibles, con que luchan la Confederación y el Banco Rural desde que el señor Monedero fué privado de la presidencia; pero se oculta algo que es esencial, a saber: que esas dificultades proceden precisamente de los hechos que motivaron la destitución del Sr. Monedero. Es decir, que esas dificultades no provienen de que ya no ocupe la presidencia ese señor, sino de que mientras la ocup lo hizo tan desastrosamente mal, que la Obra quedó para mucho tiempo desquiciada...

La Confederación arrastra un déficit considerable: ello es cierto y público. De dónde procede este déficit? Se ha creado desde que salió de all Monedero o salió este por haber creado con su administración semejante déficit? Pues si ocurre esto último cmo hay valor para difamar a excelentes caballeros, clpndoles de que ese déficit exista? Lo que han hecho esos caballeros ha sido impedir que siguiera aumentando y comenzar a enjugarlo.

Si continúa esta campaña de difamación, de la que no se ven libres ni aún muertos tan respetables como el Cardenal Almaraz y el Obispo de Plasencia, habrá que poner las cosas en claro y a cada uno en el lugar que le corresponde. Y si esto se hace van a surgir muchas desagradables sorpresas.

**La frivolidad**

No tememos incluir la frivolidad entre las mayores calamidades sociales contemporáneas. No es sólo una «posición» antipática, eso que repugna e indigna en las reuniones de «gente distinguida», ante la cual no se puede hablar nada serio, no se permite insistir sobre un tema simplemente apuntado, no se discurre, no se razona, y simplemente se tocan asuntos, pero a flor de piel, dejándolos inmediatamente para pasar a otros...

Por supuesto, si no se trata de despellejar al prójimo, pues en este caso ya no resulta la frivolidad tan de buen gusto. Pero ni aún entonces se abandona por completo, pues francamente se manifiesta en la manera con que se lanzan las mayores atrocidades. La frivolidad es una calamidad social, y por eso hay que celebrar lo que nos anuncia el amenísimo «Amigo Teddy» en uno de sus últimos «paliques femeninos» o sea que tiende a desaparecer entre las muchachas distinguidas el frivolisimo.

Ya para ellas, por lo menos en algunas naciones, resulta «moda» preocuparse de cosas serias, hasta de asuntos tan caseros y vulgares como los relativos a la cocina y a la servidumbre. Perfectamente: que la ráfaga de buen sentido llegue pronto a España... y alcance también a los hombres. Porque en esto de la frivolidad pasa como en tantas otras cosas: que las mujeres llevan la fama, y quienes más lana escardan son los hombres.

¿De qué hablan, sobre qué discurren, qué preocupa en sus conversaciones,

en sus reuniones y paseos a los que tienen monopolizada la seriedad y la enjundia? ¿Hay algo más ñoño, más desabrido, más frívolo que el tema de nuestras habituales conversaciones? Y ya si no pasara de ahí, ya si a lo frívolo no se añadieran circunstancias bien poco recomendables.

Esperamos que la moda traída por las mujeres acabe con la frivolidad en los hombres...

M. ESTRADA



**Asturias Agraria y Social**

DE LA FEDERACION.—Una bien desagradable noticia tenemos que dar a los Sindicatos de la Federación Asturiana católico-agraria, y es que nuestro Fidalgo se nos va... Una importante Casa comercial le ha ofrecido colocación en condiciones tan halagadoras que fuera heróico rechazarlas.

No creemos que signifique ningún desdoro reconocer que la Federación no se halla en condiciones de pagar a sus funcionarios, por excelentes que sean, lo que puede pagar una Casa comercial poderosa: así que lo reconocemos con toda claridad y hasta lo proclamamos públicamente.

Armando Fidalgo ha constituido una familia y para atender a ella justo es que procure ganar lo más posible con su honrado e inteligente trabajo; por eso no hemos podido oponer el menor reparo a su proyecto de abandonarnos, lo que él no hace tampoco sin gran pesadumbre.

El Sr. Fidalgo, estamos seguros de ello, no se olvidará nunca de esta grande Obra, en cuya organización y crecimiento tanta parte ha tenido, y puede estar bien seguro de que tampoco aquí se le olvidará, como no lo han de olvidar tantos Sindicatos que le están agradecidos.

La marcha de ese amigo nuestro nada tiene que ver con la venida del

joven profesor de Valdediós, D. Amador Juegas, a prestar sus valiosos servicios en el Secretariado y Sección de Propaganda de la Federación. El señor Juegas, asiduo colaborador de *Asturias Agraria*, donde hiciera popular el seudónimo de «Alberto», es un enamorado de nuestra Obra, a la que desde ahora dedicará todos sus esfuerzos.

Para entrenarse en la propaganda práctica y estudiar sobre el terreno la fundación de Sindicatos, ha estado ya en el concejo de Llanes, como se dice en otro lugar de esta crónica. El señor Juegas se halla, pues, a disposición de los señores párrocos y ecónomos en cuyas feligresías deseen fundar Sindicatos, así como a la de los que ya los tienen y necesitan que sean visitados y alentados.

Para organizar este trabajo conveniría conocer con alguna anticipación qué pueblos puede visitar. Y ya en el plan de advertencias no hemos de omitir la siguiente, muy importante. De casi todas partes nos dicen que el mejor día para reunir a los labradores es el domingo «o fiesta de guardar». No lo dudamos, pero es necesario aquí, como en todo, dejar lo mejor por lo posible.

En primer lugar, si la propaganda se ha de limitar a los días festivos resultará que en cada viaje no se puede trabajar más que en una parroquia, lo que hace la labor muy lenta y muy cara: cada viaje debe ser aprovechado para visitar varias parroquias limítrofes.

Por otra parte es un error el creer que para hacer obra de provecho se necesita mucho auditorio. Nuestros propagandistas no van buscando auditorios numerosos sino labradores capaces de fundar un Sindicato. Con veinte o treinta que escuchen la explicación hay más seguridades de constituir un buen Sindicato que si acude «todo el pueblo». Lo aparatoso suele ser infecundo.

¿Que el reunirse en un día de traba-

jo resulta algo molesto para los labradores? Muy bien: así se pone de manifiesto que se puede esperar algo de ellos. En el sindicato, ya lo decía el jefe socialista belga Vandervelde, no todos son *beneficios*, hay también *sacrificios*. Y el que ahí se les pide es bien poco importante.

Procúrese, por tanto, aprovechar la ida de nuestros propagandistas a un concejo para visitar varias parroquias, y a ver si de este modo resulta factible satisfacer los deseos de tantos como claman porque vayamos a sindicarnos.

LA LECHE.—En la interesante «Página agrícola» de *El Debate* se ha publicado una curiosa información sobre la riqueza lechera en España, que es nada menos que de 552 millones de pesetas anuales, más que el doble de la del carbón.

En las oportunas y detalladas estadísticas de ese estudio aparece Oviedo en primer lugar y superando en mucho a todas las demás regiones de España, sin exceptuar la gallega, montañesa y vascongada. La producción anual en la provincia de Oviedo, es de ciento setenta y cuatro millones de litros; se consumen ciento doce millones y se extrae de ella tres millones quinientos mil de manteca.

Tan enorme riqueza está en manos y es propiedad casi exclusiva de nuestros labradores: ¿sacan de ella todo el rendimiento de que es susceptible? Es evidente que no. ¿Podrían sacarlo, aunque se lo propusieran, en el aislamiento en que viven la inmensa mayoría de ellos?

Lo primero en que necesitan pensar los labradores es en hacer lo que hacen los grandes capitalistas para explotar una industria cualquiera: unirse y centuplicar sus fuerzas por medio de la asociación.

Prescindiendo de los Sindicatos fantasmas, que sólo existen sobre el papel o en el recuerdo de las gentes, y con los cuales nada tenemos que ver, hay

en nuestra Federación más de setenta, pero de ordinario desparramados por toda la provincia, a gran distancia unos de otros y por lo tanto en relativo aislamiento. Si todos ellos estuvieran agrupados en varios concejos limítrofes ¿se dá cuenta el lector de lo que para bien de todos se podría hacer con su riqueza lechera?

Pues he ahí una razón más para que los Sindicatos se multipliquen por todas partes. ¡Lo que podríamos conseguir en bien de los labradores si eso se realizara!

**ACCION SOCIAL.**—Las constantes y calidísimas recomendaciones de los Papas a los sacerdotes para que presten atención especial y cuidadosa actividad al estudio y práctica de las cuestiones y acción sociales, cuyo lamentable olvido por algunos ha calificado Pio XI de Modernismo, van despertando entre el Clero una santa emulación por distinguirse en tan ingrato como fecundo ministerio.

Y así se da el caso, en extremo satisfactorio, de que ilustrados y celosos sacerdotes lleven denodadamente esa actuación tan recomendada, no ya sólo a la prensa y a los llamados Círculos de estudios, sino también al púlpito, desde donde ilustran y esclarecen tan sugestivos y apasionantes problemas a la luz espléndida y radiante de los Evangelios. En ello tienen precursores insignes, desde el gran Obispo de Maguncia, Mons. Ketteler.

Tal, hace aún bien pocos días, en la Catedral ovetense, un ilustre profesor del Seminario, exponiendo lúcida-mente la parábola, tan social, de los obreros de la Viña, sembró enseñanzas bien luminosas que es mucha lástima no hayan sido escuchadas por más crecido auditorio.

Las condiciones que exigió al apóstol social y la habilidad con que colocó en frente de él al pedantuelo que sólo busca fascinar a los incautos con erudición de tercera mano y dejando achi-

cado al don Hermógenes de Moratín, partes han sido del notable sermón que merecieron los más favorables comentarios. Esperemos que el ejemplo tenga imitadores.

**UN BUEN SINDICATO.**—La acostumbrada Memoria resumiendo la vida del Sindicato de Cangas de Onís durante el pasado año, demuestra una vez más que se trata de una vida lozana y espléndida. Vayan al azar algunos datos. Caja Rural:

Durante el referido año se hicieron 366 imposiciones por valor de pesetas 234.539,76 y se pagaron 276 reintegros por valor de 231.617,15 pesetas, pagándose además por interés pesetas 11.248,80.

El saldo de imponentes en 31 de Diciembre último era de 338.385,95 pesetas y el interés 14.465 pesetas. Se concedieron 897 préstamos por valor de 67.237,20 pesetas, cobrándose 274 devoluciones por valor de 40.276,20 pesetas y 3.870,20 pesetas por intereses vencidos. El saldo de cuentas de préstamos en 31 de Diciembre era de 156.672,20 pesetas y el interés vencido de 9.680,25 pesetas.

El número de cabezas de ganado asegurado ha llegado a 246 con un valor aproximado de 120.500 pesetas. Se cobraron por pólizas 1.102,15 pesetas; por altas 16,75 y por bajas pagaron 30,50 pesetas.

A pesar de ser este un año de prueba para el Seguro que pagó por siniestros 1.243,50 pesetas, aún queda un remanente en Caja de 436,35 pesetas, que con las 42,35 que le corresponde percibir por intereses, suma 478,70 pesetas, capital inicial del Seguro para 1926.

La Sección de compras en común ha tenido movimiento igualmente satisfactorio, habiéndose aumentado además de modo apreciable el número de socios del Sindicato.

Nuestros queridos amigos los señores Fana y Abego, alma de tan flore-

